

LETRAS UNIVERSALES

SOFOCLES

Tragedias completas

Edición de José Vara Donado

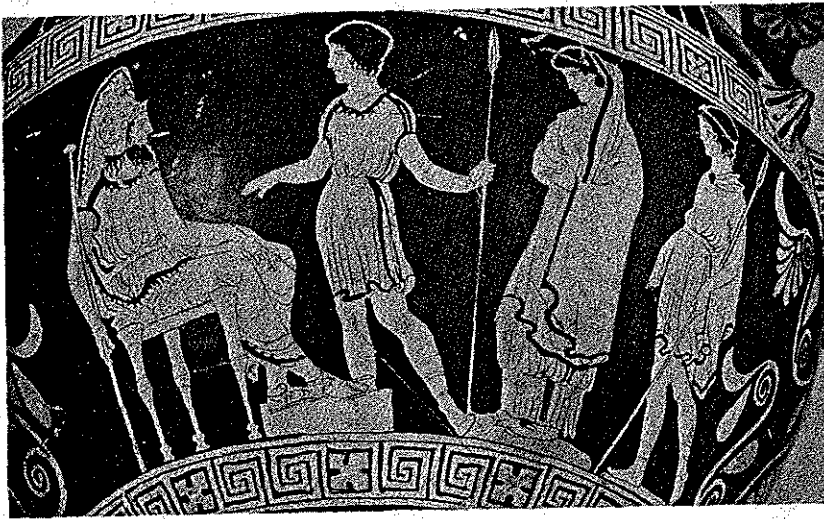
Traducción de José Vara Donado

TERCERA EDICION

CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

ANTÍGONA



INTRODUCCIÓN

La información que nos da el escrito antiguo *Familia y Vida de Sófocles*, al señalar que nuestro trágico fue elegido general nueve años antes del estallido de la guerra del Peloponeso, coincide con la que consta en el argumento de *Antígona*, de Aristófanes de Bizancio, según el cual los atenienses eligieron a Sófocles general por el prestigio conseguido con esta obra, que, según este informe, debió representarse en 442-441 a.C. Los condicionamientos religiosos en que se fundaba la *polis* griega hacen tal vez verosímil, como señala L. Gil¹, la posibilidad de la realidad del generalato del poeta. Nunca como en la guerra se corre el riesgo de potenciales excesos en la explotación de la victoria, lo que, a la fuerza, había de atraer la cólera de los dioses contra la insolencia de los que incurrieran en semejante desafuero. De ahí la necesidad de la presencia de un personaje notable por su piedad y dotado de prestigio suficiente para cortar de raíz los instintos bestiales de destrucción del enemigo, o que, en todo caso, de darse, pudiera servir como pararrayos de la esperada cólera divina. Esa, sin duda, fue la función que cumplió repetidamente el inepto Nicias en sus distintas campañas a lo largo de la guerra del Peloponeso. Y ésta, igualmente, sería la asignada al piadoso Sófocles, con objeto de conjurar la supuesta hostilidad divina por la presunta insolencia de Pericles, vislumbrada en su hipotética aspiración a la tiranía y demostrada por su libertad religiosa y su amistad con hombres como Anaxágoras y Protágoras, proclives al ateísmo.

Muchas son las interpretaciones a que ha dado pie obra tan magistral y compleja como es *Antígona*, complejidad que le viene dada precisamente por su maestría, interpretaciones a las que con frecuencia no son ajenos los sinos de los tiempos, pues las modas que imponen

¹ L. Gil, *Sófocles: Antígona. Edipo Rey. Electra*, Madrid, 1974, págs. 18 y ss.

las circunstancias fuerzan al hombre, en este caso al investigador, a enjuiciar hechos pretéritos con la perspectiva de una lente empañada por su entorno. Así, la oposición entre los puntos de vista de Antígona y Creonte ha sido interpretada por Hegel como la pugna entre dos esferas de poder igualmente válidas, la divina y la humana, la de la familia y la del Estado. Pero hay algo en esta tragedia que no encaja con esta medida. En una lectura serena, rigurosa y no condicionada *a priori* por tesis alguna resulta que ni el personaje de Antígona atrae especialmente², como lo demuestra de forma palmaria el sentimiento frío del coro hacia ella, ni la figura del supuesto enemigo de los dioses, Creonte, cae mal del todo³. Y estos sentimientos no son falaces, como presume Bowra, sino basados en razones objetivas y no producto de una falsa ilusión. Efectivamente, que en principio no hay contraposición inharmónica entre ambos sentimientos y decisiones lo demuestra el que ambos puntos de vista no son personales ni fruto de las circunstancias, sino tradicionales y de ámbito general. Creonte, cuando proclama la prohibición de dar sepultura al enemigo de la patria y, por tanto de los dioses, Polinices, no sólo está tomando medidas drásticas de carácter humano, sino que, implícitas en aquéllas, van otras destinadas a proteger de la destrucción a los dioses patrios, familiares y a todos en general, por la inextricable compenetración entre *polis* y dioses. Esto es lo que explica, según Kirkwood⁴, que el coro no vea con malos ojos las decisiones tomadas por Creonte a la vez que critica a Antígona por desafiarlas. Y lo que es más, Creonte con tales medidas no sólo no actúa contra justicia sino que la tradición legal y religiosa más pura de negar sepultura a los traidores le fuerza a ello⁵. También H. Patzer⁶ ha visto en Creonte, junto a ciertas sinrazones, otras razones. Por su parte, Antígona, que aparentemente cumple limpia e ingenuamente con un precepto religioso-

² Cfr. en este sentido C. M. Bowra, *Sophoclean tragedy*, Oxford, 1945, página 67, y G. Ronnet, *Sophocle poète tragique*, París, 1969, págs. 112-3, y G. H. Gellie, *Sophocles: A Reading*, Melbourne, 1972, quien en la página 45 expresamente señala que Antígona no es una criatura atractiva en determinadas fases de la obra como tampoco resulta trágica su muerte.

³ Bowra, *op. cit.*, pág. 67.

⁴ G. M. Kirkwood, *A Study of Sophoclean Drama*, Nueva York, 1958, página 126.

⁵ Cfr. Tucídides, 1, 138, 6, Jenofonte, *Helénicas*, 1, 7, 22. Cfr. también H. J. Mette, «Die Antigone de Sophokles», *Hermes*, 84, 1956, 398-422, y G. Cerri, *Legislazione orale e tragedia greca. Studi sull' Antigone*, Nápoles, 1979.

⁶ H. Patzer, «Hauptperson und tragischer Held in Sophocles' Antigone», *Sitzungsberichte der Wissenschaftlichen Gesellschaft*, XV, NR. 2 Wiesbaden, 1978, pág. 103.

familiar que manda dar sepultura a los familiares muertos, sigue una línea y conducta claras. Si la decisión de Creonte de negar sepultura a un traidor y la de Antígona de enterrar al hermano son a los ojos de los griegos una norma de rango y origen divino, no serán incompatibles entre sí. La solución, entendemos, correcta desde la perspectiva político-religiosa de aquel entonces, hubiera sido enterrar al muerto, como mantenía Antígona, pero no en suelo tebano, como sostenía Creonte. ¿Qué fue, pues, lo que impidió esta solución? La coincidencia de dos mentalidades obtusas, enfrentadas entre sí, dominadas por la aguda posición del predominio del yo. Tan marcada y tan vehementemente aparece la oposición entre los dos caracteres que ha llevado a doctos investigadores⁷ a interpretar la tragedia como la simple secuela de tal encontrado encono. Y fue este exceso de egoísmo lo que provocó la ruina de entrambos, a la que asistió el coro (exponente del sentir normal del pueblo y, por lo mismo, de las intenciones del autor) sin demasiada simpatía por la figura de Antígona ni antipatía por la de Creonte. Tanto el uno como el otro no son enteramente buenos ni completamente malos, pues unen a una inteligencia muy mediana, una envidia exacerbada. Lo que quizá pueda explicarse así: Creonte demostró poca actitud para el mando al tomar decisiones drásticas precipitadas⁸, porque no estaba preparado⁹ para ello, pues cómo el cuñado del rey podía esperar ceñir la corona cuando le aventajaban en derechos, aparte del propio rey, dos jóvenes valiosos, Eteocles y Polinices? Debía encontrarse a gusto, como él mismo señala en el *Edipo Rey*¹⁰, a la sombra del poder, viviendo plácidamente. De pronto llega a él el poder, que, por un lado, le embriaga y, por otro, le obliga a tomar decisiones aparatosas para ocultar precisamente su incapacidad. En efecto, todas sus intervenciones son tremendamente desafortunadas: no es acertada su tozuda oposición a enterrar al muerto, con lo que choca con su sobrina Antígona, no da razones convincentes a su propio hijo Hemón, por lo que choca también con él, y, por último, se enfrenta al adivino Tiresias. Sin duda (y esto es lo que le exime del odio general y de responsabilidad) desde el principio cree actuar convenientemente definiendo a la vez la razón religiosa y la política. Y cegado en su ingenua intención se figura que encuentra enemigos a sueldo por todas partes. Que su único pecado

⁷ Reinhardt, *Sophokles*, Frankfurt, 1933, Pholenz, *Die griechische Tragödie*, Leipzig y Berlín², 1954.

⁸ Sobre la obcecación de Creonte, cfr. F. Rodríguez Adrados, «Religión y política en la Antigona», *Revista de la Universidad de Madrid*, XIII, 1964, 493-523.

⁹ L. Gil, *op. cit.*, págs. 12-13, y G. Ronnet, *op. cit.*, pág. 92.

¹⁰ *Edipo Rey*, 583-602.

es la ignorancia (y el hijo de ésta, la envidia) lo demuestra el que, solamente tras los sucesivos desprecios, entiende la verdad. Y esto sólo le ocurre al necio, conforme con el adagio griego.

Tampoco Antígona da mayores pruebas de inteligencia. Cuando por encima de todo se empeña en dar sepultura allí en Tebas a su hermano, enemigo público de la ciudad, necesariamente había de granjearse la antipatía del coro. Porque su acción, aun concediéndole la parte de razón que le asiste y que ella sabe aprovechar, parece estar motivada más por el afán de imponer su voluntad y criterios que por convencimiento pleno de la justicia de su causa.

Lo que podría detectarse en la conducta de ambos personajes es el fiel trasunto de ocultas rencillas familiares, especiales por las peculiares circunstancias que concurrieron¹¹. En efecto, el antiguo acceso inesperado al poder por parte de Edipo, impidiendo el normal y esperado de Creonte, y la conciencia que pesaba sobre la familia de Edipo de sus calamidades familiares debieron, por un lado, favorecer la creación de un círculo íntimo estrecho en torno a Edipo, cerrado a las relaciones abiertas con la sociedad de su entorno. En este contexto, Creonte había de ser visto como enemigo en potencia, como acusador mudo de los pecados de aquella familia. Y Creonte había de ver necesariamente en Edipo y su descendencia la causa de la mácula de su clan, en especial de su hermana Yocasta. Con la muerte de los herederos de Edipo el débil y obtuso Creonte encontró la oportunidad de dar brillo a su eterna oscuridad satisfacer la venganza tanto tiempo soterrada contra Polinices y Antígona (y hasta a punto estuvo de no respetar a la inocente Ismene). La causa primera que desencadenó tan terrible tormenta fue la prohibición, tan torpemente pensada, de dar sepultura al muerto. Luego los demás acontecimientos se precipitaron por sí solos, favorecidos por la pugna entre Antígona y Creonte por imponer a la fuerza sus respectivos criterios. También en el comportamiento de Antígona parece vislumbrarse destellos de la supuesta rencilla. No de otro modo cabe interpretar la escasa atención que ejerce sobre Antígona su primo Hemón, pese a las brillantes prendas de que está adornado el joven. Lo que no quiere decir que sea lícito entender el cariño que Antígona siente por su hermano Polinices como de carácter sexual, como equivocadamente algunos¹² han querido ver.

Es, pues, ésta una tragedia en la que Antígona no logra ganarse al público por la forma obstinada y escasamente reflexiva de su comportamiento. Y su obstinación, su altanería, la sinrazón de su razón y

su escasa inteligencia debían resultar tan palpables y claras a los ojos del coro, y por lo mismo del público, que, pese a la simpatía lógica que consigue la causa de una mujer, y más si lucha con un ser más fuerte, no logró del todo este efecto. Así, pues, si estamos en lo cierto con esta interpretación del sentido último de la *Antígona*, de invitar a la moderación, a la reflexión y a la inteligencia, virtudes contra las que pecaron, en el fondo o en la forma, tanto Antígona como Creonte (y no sólo éste último como entiende Bowra¹³), ello concordaría con el carácter equilibrado y sensato de su autor.

¹¹ Waldo, *Sophocles the dramatist*, Cambridge, 1951, pág. 107.

¹² Cfr. al respecto Waldo, *op. cit.*, págs. 104-5.

¹³ Bowra, *op. cit.*, pág. 114. Cfr., por el contrario, Kirkwood, *op. cit.*, página 120, donde Antígona es calificada, y no sin razón, de abrupta e intolerante.

ANTÍGONA

(Palacio real de Tebas. Raya el alba. Salen de palacio ANTÍGONA y su hermana ISMENE.)

ANTÍGONA.—¡Oh cabecita¹ de mi hermana que es tan mía como tuya, Ismene, ¿sabes que nuestras desgracias empiezan con Edipo y que no hay una sola que Zeus no cumpla en nosotras dos aún en vida? Te digo esto porque no hay una sola cosa dolorosa ni exenta de calamidad ni vergonzosa ni deshonrosa que no tenga vista yo entre las desgracias que nos afligen a ti y a mí. Y ahora ¿qué proclama es ésa que asegura la gente que, una vez más, acaba de hacer el general a todos y a cada uno de los miembros de la ciudad? ¿Se te ocurre algo? ¿Has oído algo? ¿O es que se te oculta que se encaminan contra nuestros seres queridos afrentas que parten de nuestros enemigos?

ISMENE.—A mí, Antígona, no me ha llegado referente a los amigos ningún rumor que me produzca alegría o tristeza, desde que nosotras dos perdimos a nuestros dos hermanos, muertos el mismo día el uno a manos del otro. Al contrario, una vez que se ha ido el ejército argivo en la noche presente, ya no sé nada posterior, por lo que no estoy ni más contenta ni más afligida que antes.

ANTÍGONA.—Estaba segura, y te estaba alejando de la puerta del patio precisamente por esto, para que me oyeras a solas lo que voy a decirte.

ISMENE.—¿Qué es ello? Pues muestras bien a las claras que estás dándole vueltas a una noticia muy seria.

ANTÍGONA.—¿Es que en cuestión de sepultura no ha medido a nuestros dos hermanos con rasero diferente, al honrar a uno con ella y

¹ Expresión equivalente a la propia persona aludida, frecuente en la tragedia y en especial en los pasajes altamente emocionales, por ser la parte más noble del cuerpo. Este es procedimiento que arranca ya de la poesía épica, cfr. *Iliada*, 8, 281 etc.

deshonrar al otro, negándosela? A Eteocles, según explica la gente, por entender que debía concederle, amén de lo que es de justicia, también los ritos de rigor, lo enterró, de suerte que es acogido con todos los honores por los difuntos de ultratumba. En cambio al otro, a Polinices, tristemente muerto, asegura la gente que un heraldo comunicó a nuestros conciudadanos que nadie le dé sepultura ni le llore, sino, al contrario, que lo dejen abandonado sin dedicarle una lágrima y sin enterrar idulce tesoro que ha de proporcionar gran placer a los pajaracos que tengan la suerte de divisarlo y devorarlo!² Tan intolerable comunicado afirma la gente que ha anunciado el que tan bondadoso era, Creonte, actuando contra ti y no menos contra mí —también a mí—, y qué va a venir aquí a advertir y aclarar esos sus comunicados a quienes no los conozcan, y que considera la cuestión esta no como cosa de poca importancia sino que a quien contravenga algo de esto le espera la muerte lapidada por el pueblo de esta ciudad. Ahí tienes cómo está la situación, y pronto tendrás que demostrar si eres bien nacida o, aunque de padres nobles, vil.

ISMENE.—Pero, osada, si la cosa está así, ¿qué es lo que yo tendría que solucionar o emprender, y qué otra cosa podría aportar a la situación presente?³

ANTÍGONA.—Piensa si vas a combatir y a colaborar conmigo.

ISMENE.—¿Cuál es el riesgo que hay que correr? ¿Cuál es la determinación que has tomado?

ANTÍGONA.—Se trata de si vas a levantar el cadáver unida a estos mis brazos.

ISMENE.—Pero ¡cómo! ¿Es que se te ha ocurrido pensar enterrarlo cuando es cosa denegada a la ciudad?

ANTÍGONA.—Sí, porque se trata de mi hermano, y también del tuyo aunque no quieras. Pues, al enterrarlo, no resultaré convicta de haber cometido una traición.

ISMENE.—¡Oh tú, que no te detienes ante nada! ¿Serás capaz, a pesar de que Creonte lo tiene prohibido?

ANTÍGONA.—Sin embargo, no le compete en absoluto separarme de lo que es mío.

ISMENE.—¡Ay de mí! Piensa, hermana, cuán aborrecido y desacreditado llegó a ser nuestro padre, cuando él mismo por obra de su mis-

ma mano se arrancó ambos ojos impelido por los errores cometidos y que él mismo había puesto al descubierto; cómo, luego, su madre y esposa, igrave enunciado que implica dos conceptos bien dispares!, pierde la vida colgada del nudo de una cuerda; y, en tercer lugar, cómo nuestros dos hermanos se mataron uno a otro itinerarios de ellos! en un solo día, y cómo, así, alcanzaron el mismo destino a manos el uno del otro. A su vez, ahora que hemos quedado nosotras dos solas, fíjate que hemos de morir con la más grande infamia si violando la ley llegamos a transgredir la decisión o las imposiciones del soberano. Al contrario, conviene darse cuenta, por un lado, de que nacimos mujeres, lo que implica que no estamos preparadas para combatir contra hombres; y, luego, de que dependemos del arbitrio de quienes son más fuertes en cuanto a acatar estas órdenes y hasta otras más dolorosas todavía. Por eso yo, al tiempo que pido al muerto que tenga comprensión conmigo, y que se dé cuenta de que no tengo más remedio que hacer lo que hago, me someteré a los dictados de quienes están instalados en la cúspide del poder, pues el meterse en problemas superiores a las posibilidades de uno no tiene sentido alguno.

ANTÍGONA.—Sabiendo ya cómo piensas, no puedo animarte a ello y, si te decidieras todavía a meterte en este asunto, sábetelo que esta tu supuesta intervención a mi lado no me produciría, al menos a mí, satisfacción alguna. Al contrario, continúa actuando como tienes decidido, que él no se quedará sin que yo lo entierre. Es un honor para mí morir cumpliendo este deber. Querida por él, en su compañía yaceré, en compañía de quien yo quiero, tras haber perpetrado santas acciones, porque es más largo el tiempo durante el que debo agradar a los de abajo que el tiempo durante el que debo agradar a los de aquí arriba, pues allí yaceré por siempre. Pero tú, si es tu gusto, continúa despreciando lo que los dioses aprecian.

ISMENE.—Yo no hago desprecio de eso, sólo que nací incapaz de actuar y oponer resistencia a nuestros conciudadanos.

ANTÍGONA.—Tú puedes alegar estos y otros pretextos, que yo me marchó ya a dar tierra al hermano queridísimo.

ISMENE.—¡Ay de mí! ¡Qué osada eres! ¡Qué miedo tengo por ti!

ANTÍGONA.—No temas por mí. Lo que tienes que hacer es enderezar ese tu proceder.

ISMENE.—Si lo tienes decidido, por lo menos no pregones a nadie el asunto, sino mantenlo oculto, que exactamente igual haré yo.

ANTÍGONA.—¡Ay de mí! Propálalo a todos los vientos. Me resultará todavía mucho más odiosa si te lo callas y no lo comunicas a todo el mundo.

ISMENE.—Conservas un corazón ardiente en situaciones heladoras.

² Este es un tipo de venganza propio de los cobardes jefes, que se reitera en *Áyax*, 1047 y ss.

³ Es una fórmula típica de la tragedia presentar dos personajes de carácter contrapuesto, uno activo y el otro pusilánime, para que así resalte más el decidido. Cfr. también *Electra*, 328 y ss.

ANTÍGONA.—Sin embargo, con ello sé que complazco a quienes más me conviene complacer.

ISMENE.—¡Siempre que seas capaz de ello! Pero la verdad es que ansías imposibles.

ANTÍGONA.—En ese caso, cuando ya no pueda más, me tomaré un respiro.

ISMENE.—Pero es que, ya por principio, no procede perseguir lo imposible.

ANTÍGONA.—Si vas a razonar así, yo te odiaré, y odiada por el muerto serás, y con justicia. En fin, deja que yo y este mi desatino corramos ese riesgo, pues no correré ninguno tan grave hasta el punto de morir sin honor.

ISMENE.—Si es tu gusto, vete, pero tienes que saber que si vas eres una imprudente, aunque te ganarás, y con toda razón, el aprecio de aquéllos a los que tú aprecias.

(Sale ANTÍGONA. Entra ISMENE en palacio. Aparece el CORO, llamado por CREONTE.)

ESTROFA 1

CORO.

¡Rayos del sol, luz
la más hermosa que nunca antes había lucido
en Tebas la de las siete puertas:
luciste por fin, oh atisbo
de un áureo día, llegando
por encima de las corrientes Dirceas⁴!
Y al monstruo de Apia⁵ que vino provisto de reluciente escudo
y armado hasta los dientes lo forzaste, cuando
ya iba huyendo a la carrera, a que acelerara la marcha a rienda
suelta todavía más aguda que la que llevaba antes de que tú apare-
cieras.

Polinices fue quien, impulsado por rencillas
de dudosa legitimidad, lo había traído
hostil contra nuestro país.

Y emitiendo agudos graznidos
cual águila⁶ que en picado cae hasta el suelo,

⁴ *Dirce* es el nombre de una fuente de Tebas, famosa como otras de suelo helénico, por ejemplo *Pirene* de Corinto, *Castalia* de Delfos, etc., porque, siendo necesarias, no abundan en una tierra mediterránea como es Grecia.

⁵ *Apia* es el nombre del Peloponeso.

⁶ La imagen de la rivalidad entre águila y serpiente es frecuente en la literatura griega, por ej., en *Iliada*, 12, 200 y ss., y en la parada del *Agamenón*. En este lugar de la *Antígona* es natural que la serpiente represente a Tebas, por dos

así se lanzó en rauda vuelo sobre Tebas aquel monstruo,
cubierto con plumaje de blanca nieve,
y revestido de infinidad de armas
y protegido con yelmos provistos de crines de caballo.

ANTÍSTROFA 1

Y posado encima de los tejados,
tras intentar engullir en derredor
con mortíferas lanzas las bocas de las siete puertas,
marchó antes de que sus fauces
se hartaran de nuestra sangre
y de que Hefesto⁷ se apoderara con sus teas
del círculo de nuestros torreones.
¡Tan formidable fue el estruendo que Ares a sus espaldas
extendió, y tan difícil de resistir fue el ataque
que sobre nuestros enemigos lanzó la rival serpiente!
Así les fue a nuestros enemigos, porque Zeus detesta en extremo
las bravatas de una lengua larga,
y por eso, al verlos avanzar hacia aquí oleada tras oleada y con lu-
josos
aparejos de ruido de oro
blandió el rayo y con él los abatió
cuando ya se disponía⁸ en el punto más alto de nuestras almenas
a cantar victoria.

ESTROFA 2

Y al suelo, que retumbó por efecto del golpe, cayó desplomado
y fulminado aquel enemigo que, portando una tea,
resoplaba furibundo
con alocadas pretensiones y ráfagas de un viento de lo más pernicioso.
Pero se encontró con lo que no esperaba.
Por otro lado, el descomunal Ares que, cual corcel enganchado a
la derecha del tiro,
decide el resultado de la prueba⁹,
asignó a cada uno de los otros enemigos distintos castigos.

razones, una, porque la serpiente es identificada con el espíritu local, y, otra, porque los tebanos nacieron de los dientes del dragón diseminados por Cadmo.

⁷ Hefesto, dios del fuego, y que por extensión representa al mismo fuego.

⁸ Se refiere a Capaneo, uno de los siete héroes argivos. Cfr. Esquilo, *Siete*, 427.

⁹ Porque, al doblar en los extremos del campo de carreras, al retrasarse el caballo de la izquierda se veía forzado a pechar con todo el peso del carro. Se requería, pues, en él fortaleza y velocidad.

El resultado fue que siete capitanes, apostados al pie de siete
puertas
pares con pares, abandonaron
a favor de Zeus Derrotador su bagaje todo de bronce,
menos los dos rivales, que, nacidos de un mismo padre
y de una misma madre,
levantaron uno contra otro las lanzas bipotentes,
y así obtuvieron los dos el lote de una muerte común a ambos.

ANTÍSTROFA 2

Sin embargo, dado que la portadora de excelso nombre, Victoria,
llegó, correspondiendo con su alegría a la alegría de Tebas,
ciudad que posee abundancia de carros,
¡olvidar ya esta guerra!
Visitemos todas las moradas de los dioses,
formando coros que se prolonguen toda la noche.
¡Y ojalá que Baco¹⁰, que hace vibrar el suelo de Tebas, nos dirija!
Pero el hecho es que, justo ahora, se dirige hacia aquí el rey de este
país,

Creonte, el hijo de Meneceo, nuevo jefe
tras la novedosa situación que los dioses nos han deparado.
¿Cuál será el plan que viene rumiando?
Me hago esta pregunta porque propuso la convocatoria de esta
asamblea de ancianos,
mandando aviso a todos y cada uno de nosotros.

(Sale CREONTE de palacio y se dirige al CORO.)

CREONTE.—Varones, la situación de la ciudad los dioses la han vuel-
to a enderezar sólidamente, después de haberla estremecido con un
mar de conmociones¹¹. Yo, por intermedio de mis emisarios, os
mandé que vinierais aquí prescindiendo de todos los demás, por-
que sé, de un lado, que acatáis plena y permanentemente la monar-
quía de Layo y los poderes propios de su trono, y, de otro, que
también cuando dirigía Edipo nuestra ciudad e incluso después que
cayó en desgracia, os manteníais todavía en torno a los hijos de
aquéllos¹² con firme fidelidad. Pues bien, una vez que ellos, por la

¹⁰ Dios de la fuerza viva de la naturaleza y por consiguiente de la alegría.

¹¹ Está presente la idea de la imagen de la nave del Estado, de tan alta tra-
dición, pues nace con Arquiloque y se hace famosa con Alceo.

¹² «Los hijos de aquéllos», línea 168, se refiere evidentemente a Eteocles y
Polinices, y, por consiguiente, «de aquéllos» oculta a Edipo y Yocasta. Resulta,
pues, que la expresión «de aquéllos» es un eufemismo para evitar la alusión a la
unión de este infausto matrimonio entre madre e hijo. En efecto, Sófocles sue-
le identificar los pronombres con hechos de esta índole.

fuerza del destino que pesaba sobre ambos, perecieron en un solo
día, golpeando y golpeados con la mancilla que comporta atacarse
mutuamente, me hago cargo yo de todo el poder y ocupo el trono
por mi afinidad familiar con los muertos. No hay medio de cono-
cer el espíritu, pensamientos y puntos de vista de hombre alguno,
antes de que se aclare en contacto con el mando y las leyes. En
efecto, por lo que a mí toca, sostengo ahora y antaño que todo
aquel que, dirigiendo una ciudad, no se aferra a los mejores plan-
teamientos, sino que, por el contrario, mantiene cerrada la boca
por miedo a algo, es el más vil. También a todo aquel que conside-
ra a un amigo más importante que a la propia patria, a ése no lo
tengo en cuenta en parte alguna. En efecto, yo, ¡y Zeus que obser-
va todas y cada una de las cosas permanentemente sea testigo de lo
que voy a decir!, ni callaría si observara que el infortunio en vez de
la salvación va derecho contra mis conciudadanos, ni haría jamás
amigo personal mío a un enemigo de la ciudad, consciente de esto:
de que ella es la que nos salva, y de que navegando en cubierta de
ella¹¹, avanzando derecha sin inclinarse ni a un lado ni a otro, es
como conseguimos los amigos. Estas y no otras son las normas
con que voy a acrecentar yo el poder de la ciudad. También ahora
he comunicado a los conciudadanos medidas en consonancia con
las que acabo de señalar referidas a los hijos de Edipo: a Eteocles,
que murió combatiendo en defensa de esta ciudad, destacando en
todo con su lanza, he ordenado darle sepultura y dedicarle todos y
cada uno de los actos rituales que convienen a los más destacados
difuntos de allá abajo. Pero en cambio a su hermano, me refiero a
Polinices, que, no obstante su condición de desterrado, de regreso
a la patria quiso pasar a fuego hasta los cimientos a esta su tierra
patria y a los dioses en cuyo seno él nació, y quiso también saciarse
de sangre de todos y cada uno de los ciudadanos, y a algunos otros
llevarlos como ganado, convertidos en esclavos, ha sido anunciado
a esta ciudad que ninguno de sus miembros lo honre dándole se-
pultura ni lo llore, sino que lo deje sin enterrar, de suerte que se
pueda ver su cadáver devorado y maltratado por aves rapaces y
por perros. Ese y no otro es mi entender, y jamás aventajarán en
ganarse el aprecio, al menos en lo que de mí dependa, los malva-
dos a los íntegros. Al contrario, todo aquél que haga gala de bue-
nos sentimientos hacia esta ciudad tendrá mi aprecio, tanto una
vez muerto como en vida.

CORIFE0.—Tú, hijo de Meneceo, has acordado que reciban ese trato
el malintencionado y el bienquisto con esta ciudad. Además, hasta
cierto punto en ti está poner en práctica cualquier norma tanto en
relación con los muertos como con todos los que vivimos.

CREONTE.—Ahora, para que seáis vigías del cumplimiento de los mandatos referidos...

CORIFEO.—Encomienda a uno más joven que cargue con lo que vas a ordenar.

CREONTE.—No estás al tanto de la marcha de estos asuntos, pues, en contra de lo que propones, ya están apostados vigías del propio muerto.

CORIFEO.—Entonces ¿qué otra cosa puedes encargar a más de ésa?

CREONTE.—Que no transijáis con quienes desafíen estas órdenes.

CORIFEO.—No hay nadie tan necio que pretenda morir.

CREONTE.—Y de seguro que el pago calculado es ése. Sin embargo, la esperanza de ganancias ha echado a perder montones de veces a los hombres.

(Entra un GUARDIÁN de los encargados de vigilar el cadáver de POLINICES.)

GUARDIÁN.—Soberano, no llegaré a tanto que vaya a decir que por la prisa que me he dado llego jadeante por haber movido ligeras las piernas. Pues la verdad es que me vi obligado a detenerme montones de veces, indeciso en idas y venidas, dispuesto a darme la vuelta, pues el subconsciente me sugería infinidad de ideas, contándome este cuento: «Osado, ¿cómo vas a un sitio donde, nada más llegar, serás bien castigado? Temerario, ¿ahora te vas a quedar de nuevo? Si Creonte llega a enterarse por algún otro de lo que está ocurriendo, dime, ¿cómo te las vas a arreglar tú para que no lo sientas?» Al darles vuelta una y otra vez a estas ideas, yo que empecé con prisas vine a terminar en lentitud, y, así, un camino corto se hace largo. Pero al cabo, ¡claro!, se impuso la idea de venir aquí, junto a ti, y aunque no vaya a decir más que simplezas, no me queda más remedio que decirlas, y esto porque vengo aferrado a la convicción de que en ningún caso puede recaer sobre mí otra cosa más que lo que el destino me tenga deparado.

CREONTE.—¿Qué es lo que te produce tanto desánimo?

GUARDIÁN.—Debo explicarte primero lo mío: en efecto, la cosa esta ni la hice ni vi quién fue el autor, y así no sería justo que recayera sobre mí algún castigo.

CREONTE.—¡Qué bien apuntas a la cosa esa y qué bien la cercas y mantienes a raya lejos de ti! Revelas bien a las claras que vas a indicar algo realmente novedoso.

GUARDIÁN.—Es que, ¡claro!, el miedo conlleva un mar de recelos.

CREONTE.—¿No vas a hablar de una vez y luego marcharte lejos?

GUARDIÁN.—Ya te lo explico: alguien, luego de enterrar al muerto, ha escapado tras esparcir sobre el cuerpo polvo seco y tras dedicarle los rituales de rigor.

CREONTE.—¿Qué estás diciendo? ¿Qué hombre¹³ fue el que se atrevió a esto?

GUARDIÁN.—No sé, pues allí no había golpe de pico alguno ni palada de azadón. Lo que había era tierra dura y firme, sin desmenuzarse ni hollada por rueda alguna, y por eso el autor, quienquiera que hubiera sido, resultaba inidentificable. Y como el primer vigía que al amanecer montó la guardia nos mostrara lo que había ocurrido, todos quedamos sumidos en un asombro desagradable, pues el cadáver había sido recubierto, aunque no inhumado, pero lo revestía una tenue capa de polvo, lo que daba la impresión de ser cosa de algún hombre¹³ que pretendía evitar un sacrilegio. Y no se veían señales de fiera ni de perro alguno, ni de que hubieran llegado ni de que lo hubieran desgarrado. Y empezaban a sonar acusaciones de carácter grave con las que se atacaban unos a otros, unos vigías intentando poner en evidencia a otros vigías, y la cosa podría haber terminado a golpes, sin que hubiera allí nadie dispuesto a evitarlo. Pues el autor no podía ser más que uno solo, pero este uno englobaba a todos y a cada uno de nosotros, aunque ni a uno solo con evidencia manifiesta, sino que todo el mundo intentaba librarse alegando no tener conocimiento de nada. Y estábamos prestos hasta a levantar con ambas manos a la vez barras de hierro incandescentes¹⁴, y a recorrer un espacio pisando fuego, y a poner por testigos a los dioses jurando que ni habíamos cometido esa mala acción ni habíamos tenido contacto con nadie que la hubiera planeado o llevado a cabo. Y al cabo, cuando pese a nuestro rastreo el estado de cosas inicial no adelantaba entre tantos hubo uno que se expresó muy cuerdate y que obligó a todos, por el riesgo que su propuesta entrañaba, a bajar la cabeza al suelo, pues no sabíamos ni contradecirle ni cómo íbamos a salir con bien si actuáramos conforme a sus proposiciones. El meollo de su intervención defendía la idea de que había que darte cuenta del hecho y que no había que ocultártelo, esto en modo alguno. Y esta opinión se fue imponiendo, y a este desdichado que soy yo me toca la suerte de hacerme cargo de este premio. Y aquí me encuentro con vosotros, sin que yo lo deseara ni vosotros tampoco, ¡evidentemente!, pues nadie gusta de un mensajero que anuncia malas noticias.

CORIFEO.—Soberano, tengo que decirte que mi conciencia me está sugiriendo desde hace un buen rato cierta idea que me hace temer que el hecho este hasta haya podido ser propiciado por los dioses.

¹³ Irónico, pues los espectadores saben que Antígona antes de ahora es quien ha decidido dar sepultura al muerto.

¹⁴ Huella popular de la prueba de la *ordalía*. Cfr. Aristófanes, *Lisístrata*, 53 y Jenofonte, *Banquete*, 4, 16.

CREONTE.—¡Calla, antes de que con esos tus razonamientos consigas llenarme de rabia, y no sea que vengas a resultar a la vez estúpido y viejo! Es que expresas razonamientos intolerables, al sostener que los dioses tienen cuidado del muerto este. ¿Cuál de estas dos ideas podía dar cuenta de ello? ¿Acaso fue que los dioses colmaron de honores por considerarlo un bienhechor, y, por eso, lo cubrían, nada menos a uno que vino a incendiar sus templos rodeados de columnas y a desbaratar las ofrendas y el suelo y sus ritos? ¿O es que observas que los dioses aprecian a los criminales? No es eso posible, sino que lo que ocurre, y esto viene de lejos, es que individuos de esta ciudad vienen soportando muy a regañadientes esta mi autoridad y por eso andan murmurando contra mí sacudiendo a escondidas su testuz, sin mantener su cerviz bajo el yugo de mi autoridad con lealtad, de suerte que redundara ello en afecto hacia mí. Me consta, y ello es una fácil deducción, que quienes han hecho esto lo han hecho a instancias de éstos, seducidos por una buena remuneración. Es que a los humanos no hay planta alguna que les brote tan pujante como la plata, falaz moneda: ésta arrasa incluso ciudades, ésta hace saltar de su casa a los hombres, ésta enseña y enajena las mentes honradas de los mortales para que se subleven y vengán a caer en una conducta deshonrosa, y les enseñó a los hombres a que estén dispuestos a hacer cualquier cosa sin escrúpulo alguno, y a que adquieran experiencia de todo tipo de inquietudes. Y cuantos, ávidos de dinero, vienen a terminar en esta conducta, acaban en cualquier momento por pagar la pena debida. Sin embargo, puesto que Zeus continúa recibiendo todavía mi solícita veneración, ten por seguro lo que juramentado voy a decirte: si no descubris al propio autor de este entierro y me lo mostráis delante de mis mismos ojos, no tendréis bastante sólo con la muerte ni os llegará antes de que seáis colgados vivos y así deis cuenta de esta burla, para que en adelante, sabiendo de dónde deben conseguirse las ganancias, cojáis éstas y aprendáis que no se debe pretender ganar dinero sea como sea el negocio. Pues es fácil ver que son más las personas a quienes las sucias ganancias desgracian que a quienes salvan.

GUARDIÁN.—¿Me encargarás que diga algo a los vigías, o me daré la vuelta sin más y me voy?

CREONTE.—¿No sabes que también ahora me estás molestando con tus palabras?

GUARDIÁN.—¿Te molesta por su simple sonido o por su contenido?

CREONTE.—¿Qué tienes que determinar tú dónde está mi aflicción?

GUARDIÁN.—El que cometió esta acción te aflige el alma, y los oídos yo.

CREONTE.—¡Ay de mí, se ve que lo eres ya de nacimiento, qué cosa más charlatana!

GUARDIÁN.—Sí, pero lo que es esa acción jamás la hice yo.

CREONTE.—¡Cómo! ¡Y lo que es más: vendiste tu alma por unas simples monedas!

GUARDIÁN.—¡Ay! ¡Verdaderamente es tremendo tener una opinión y que la opinión sea falsa!

CREONTE.—¡Lo que faltaba! Engalana ahora con donaire la opinión esa, pero si no conseguís mostrarme a los que cometieron esta acción, vais a declarar que las ganancias cobardes producen pesares.

(Entra CREONTE en palacio.)

GUARDIÁN.—En fin, lojalá, ante todo, que el autor de ello sea descubierto! Pero, ¡estate seguro!, sea cogido o no, pues es el destino quien lo decidirá, no hay forma de que tú me veas volver aquí, pues ya ahora he logrado salvarme cuando ya no me lo esperaba ni me lo figuraba, de ahí que debo a los dioses un mar de gracias¹⁵.

ESTROFA 1

CORO.

Andan por ahí montones de cosas formidables,
pero ninguna más formidable que el hombre.
Esa cosa que es el hombre avanza
incluso al cabo de las rutas del grisáceo mar
con borrascoso ábrego, atravesándolo
bajo la amenaza de oleajes que braman en su derredor.
Y a la tierra, óptima entre los dioses,
inagotable e infatigable, la va desgastando,
al voltearla sus arados año tras año,
y cultivarla con la raza equina.

ANTÍSTROFA 1

Y el circunspecto hombre echa el lazo a la familia
de los pájaros de prontos reflejos y se los lleva,
y también la estirpe de las fieras salvajes
y las marinas criaturas del océano
con entramadas y bien trenzadas redes.
Y con ardides consigue dominar la agreste fiera montívaga,
y ha de llegar a someter al yugo, que circunda la testera,
al caballo cuyas crines caen a uno y otro lado del cuello
y al indómito toro de los montes.

¹⁵ Palabras que en voz baja se dirige a sí mismo el guardián.

ESTROFA 2

Y aprendió por sí solo el lenguaje y las ideas
 etéreas y los comportamientos que imprimen un orden a las ciudades,
 y a esquivar los dardos de las escarchas
 que dificultan la estancia a la intemperie,
 y los dardos que conlleva una molesta borrasca
 ¡el hombre con soluciones para todo!
 No hay evento al que se enfrente sin soluciones.
 Únicamente no se procurará escapatoria del Hades.
 En cambio, tiene ya concebidos medios
 de escapar a enfermedades hasta ahora incurables.

ANTÍSTROFA 2

Pero aun poseedor, más de lo que cabe imaginar,
 de cierta astucia, que es la que le proporciona su habilidad
 se desliza unas veces en pos del descalabro, otras del éxito.
 Si entrelaza las normas de la tierra
 y la justicia de los dioses permaneciendo fiel al juramento prestado
 ¡he ahí un ciudadano de primera!
 Pero ¡sea privado de la condición de ciudadano, en pago a su osada falta de escrúpulos,
 aquél con quien convive el desdoro:
 ¡ojalá que ni comparta conmigo el hogar
 ni esté entre los que piensan igual que yo
 quien así se comporte!

(Entra el GUARDIÁN llevando detenida a ANTÍGONA.)

CORIFE0.—Ante este fantástico prodigio, ¡mirad!, no sé qué pensar.
 ¿Cómo podré aportar razones refutadoras de que la joven que aquí
 viene no es Antígona, cuando la estoy viendo? ¡Oh desventurada e
 hija de un desventurado padre, Edipo! ¿Qué ocurre? ¡Vamos, no
 puedo creer que te traen detenida, nada menos que a ti, por desa-
 fiar las órdenes del rey y por haberte sorprendido en una conducta
 irreflexiva!

GUARDIÁN.—Aquella de antes, la que había llevado a cabo el hecho
 aquel, aquí está. La cogimos enterrándolo. Pero ¿dónde está
 Creonte?

(Sale CREONTE de paseo.)

CORIFE0.—¡Míralo! Sale oportunamente de su casa.

CREONTE.—Pero ¿qué pasa? ¿Cuál es el suceso con el que coincide mi
 salida?

GUARDIÁN.—Soberano, no hay nada que los humanos puedan consi-

derar imposible por juramento¹⁶, pues las conjeturas falsean el re-
 sultado del veredicto, porque ¡tarde habría prometido yo volver
 otra vez aquí con lo mal que me lo hicieron pasar entonces aque-
 llas tus amenazas! Y sin embargo (la explicación de ello es que la
 alegría que experimenta uno sin esperarla e incluso en contra de lo
 que cabría esperar no admite parangón alguno por su intensidad
 con ningún otro placer), aquí estoy, aunque por juramento¹⁷ había
 desechado tal posibilidad, trayendo detenida a esta joven, que, al
 fin, fue descubierta en el momento en que preparaba la sepultura.
 En esta ocasión no hubo necesidad de urna que removiera las bo-
 las, sino que la suerte esta es toda mía, y de nadie más. Y ahora,
 soberano, cógela y sométela a placer a juicio y refútala si niega. En
 cambio, yo justo es que quede libre y descargado de estos sinsa-
 bores.

CREONTE.—A ésta que conduces detenida ¿de dónde la traes, cómo
 la cogiste?

GUARDIÁN.—Estaba sepultando al muerto aquel; con esto estás al co-
 rriente de todo.

CREONTE.—¿Te das cuenta del alcance de lo que afirmas, y lo calcu-
 las bien?

GUARDIÁN.—Sí. Justo a ésa la vi en el momento en que enterraba el
 cadáver que tú habías prohibido enterrar. ¿Mis alegatos no son cla-
 ros y demostrativos por sí?

CREONTE.—¿Cómo la visteis y cayó en vuestras manos?

GUARDIÁN.—La cosa fue así: cuando llegué, recogido por aquellas
 terribles amenazas que me dirigiste, tras barrer todo el polvo que
 cubría al muerto, y tras poner bien al descubierto el cadáver que se
 estaba descomponiendo, nos sentamos en lo alto de una loma al
 abrigo del viento, consiguiendo así sustraernos al olor que de él
 emanaba y que no nos alcanzara, azuzándonos vivamente unos a
 otros y susurrándonos castigos para todo aquel que intentara de-
 sentenderse de esta faena. Y así transcurrían las cosas durante todo
 ese tiempo, hasta que el disco solar se situó en medio del firma-
 mento y despedía fuego. Entonces, de pronto, un remolino levantó
 del suelo una polvareda icolosal tormento! y abarca con ella todo
 el llano, lastimando la fronda de la arboleda que había en la llanu-
 ra, y de ello se saturó gran parte del cielo. Y nosotros soportába-
 mos aquella infernal calamidad cerrando los ojos. Y pasado esto al
 cabo de un buen rato, aparece la muchacha, que lanza agudos to-
 nos como un ave entristecida¹⁸, cuando ve el nido con el lecho va-

¹⁶ Cfr. Arquíloco, 202 (Adrados).

¹⁷ Cfr. línea 329.

¹⁸ Cfr. Esquilo, *Agamenón*, 53.

cío y privado de los polluelos. Exactamente así, también esa muchacha, al ver limpio el cadáver, prorrumpió en lamentos y lanzaba funestas maldiciones contra los responsables de tal acción. Y enseguida lleva con las manos polvo seco y elevando un aguamanil, de bronce bien forjado, corona al muerto con abluciones vertidas tres veces. Y nosotros, al verlo, nos abalanzamos y entre todos la apresamos enseguida, sin que ello le afectara lo más mínimo, y la responsabilizábamos de los dos hechos, el anterior y el actual. Pero ella adoptó la actitud de no renegar de la más mínima inculpación, lo que provocaba en mí dos sensaciones distintas a la vez, satisfacción y tristeza. Pues el verse uno libre de los peligros que le acechan es cosa sumamente dulce, pero meter en peligros a los amigos es triste. Sin embargo, es natural que yo tome todos estos inconvenientes en menos que mi propia salvación.

CREONTE (*Dirigiéndose a ANTÍGONA*).—¡Eh, tú! Tú, la que inclinas la cabeza al suelo, ¿afirmas o niegas haber hecho esto?

ANTÍGONA.—Sí, afirmo haberlo hecho y no reniego de ello.

CREONTE (*Al GUARDIÁN*).—En ese caso, tú puedes irte exento y libre de una grave responsabilidad. *A ANTÍGONA*.) Y tú contéstame sin largos discursos sino de manera concisa: ¿sabías que un edicto ordenaba que nadie hiciera lo que tú has hecho?

ANTÍGONA.—Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo si era conocido de todos?

CREONTE.—¿Y aun así osaste transgredir estas leyes?

ANTÍGONA.—Es que no fue Zeus, ni por asomo, quien dio esta orden, ni tampoco la Justicia aquella que es convecina de los dioses del mundo subterráneo. No, no fijaron ellos entre los hombres estas leyes. Tampoco suponía que esas tus proclamas tuvieran tal fuerza que tú, un simple mortal, pudieras rebasar con ellas las leyes de los dioses anteriores a todo escrito e inmutables. Pues esas leyes divinas no están vigentes, ni por lo más remoto, sólo desde hoy ni desde ayer, sino permanentemente y en toda ocasión, y no hay quien sepa en qué fecha aparecieron. ¡No iba yo, por miedo a la decisión de hombre alguno, a pagar a los dioses el justo castigo por haberlas transgredido! Pues que había de morir lo sabía bien, ¡cómo no!, aunque tú no lo hubieras advertido en tu comunicado. Por otro lado, si he de morir antes de tiempo, yo lo cuento como ganancia, pues todo aquél que, como yo, vive en un mar de calamidades, cómo se puede negar que hace un gran negocio con morir? Por eso, ¡lo que es a mí, obtener este destino fatal no me hace sufrir lo más mínimo; en cambio, si hubiera tolerado que el nacido de la misma madre que yo, fuera, una vez muerto, un cadáver sepultado, por eso sí que hubiera sufrido! Pero por esto no siento dolor alguno. Por lo que a ti respecta, si mantienes la idea de que ahora

me estoy comportando estúpidamente, casi puede afirmarse que es un estúpido aquél ante quien he incurrido en estupidez.

CORIFEO.—Ello evidencia el terco genio que le viene a la muchacha del terco de su padre; y no va con ella ceder a las adversidades.

CREONTE.—Sin embargo, tienes que saber que los temperamentos duros en demasía son los que más se desmoronan, y que el potentísimo hierro, por muy duro que resulte al ser templado a fuego, podrías ver que se quiebra y hace añicos infinidad de veces. En cambio, tengo visto que los caballos que se encabritan se sujetan con un simple bocado. Es que no le va bien ser jactancioso a nadie que es esclavo del prójimo¹⁹. Esa, ya antes cuando transgredía las normas propuestas, sabía muy bien que su comportamiento era un desafío, y, después de haber cometido esa barbaridad, he aquí el segundo desafío: ufanarse de ello y reírse por haberlo cometido. Ciertamente que no soy yo un hombre de verdad, sino que el hombre de verdad lo es ella, si el triunfo que ha logrado le ha de quedar impune. Al contrario, aunque es, por un lado, hija de mi hermana y, por tanto, en razón de nuestra consanguinidad más próxima a mí que la totalidad de los miembros de nuestro hogar que patrocina Zeus, ella y también su hermana no escaparán al destino más calamitoso. Pues, en efecto, también a aquella la inculpo, en igual medida que a ésta, de haber planeado este enterramiento. Llamadla también, pues acabo de verla, en casa, rabiosa y sin control de sus sentimientos. Es que el apasionamiento de que dan prueba los que en la sombra andan maquinando cualquier cosa de forma indebida es un ladrón que los traiciona, y por eso suele ser sorprendido antes de cometer el propio delito. Sin embargo, no dejo de odiar también a aquél que, sorprendido en un acto pérfido, osa luego dignificar ese proceder.

ANTÍGONA.—¿Pretendes algo más duro que matarme, después de hacerme tu prisionera?

CREONTE.—Yo, nada: teniendo eso lo tengo todo.

ANTÍGONA.—Entonces ¿a qué esperas? Porque no hay nada en tus explicaciones que a mí me resulte agradable ¡y ojalá que jamás llegue a agradarme! De la misma manera también a ti mi postura te es de por sí desagradable. Y, sin embargo, ¿con qué otra acción habría obtenido yo una fama que hablara bien de mí, mejor que depositando a mi propio hermano en la tumba? Todos esos hombres que están junto a ti dirían que mi acción les agrada si el miedo no les cerrara la boca. Sin embargo la tiranía, entre otra infinidad de

¹⁹ La misma idea en *Áyax*, 1071-2, 1231-2 y 1235.

satisfacciones que tiene, goza de la facultad de hacer y de justificar lo que le viene en gana.

CREONTE.—Tú eres la única entre los cadmeos aquí presentes que tienes ese punto de vista.

ANTÍGONA.—Este mismo punto de vista lo tienen también ellos, sólo que por miedo a ti se tapan la boca.

CREONTE.—¿No te da vergüenza tener unas ideas distintas a las de éstos?

ANTÍGONA.—Es que no tiene nada de vergonzoso honrar a los engendrados en las mismas entrañas maternas.

CREONTE.—¿No es hermano tuyo también el que murió en el bando de enfrente?

ANTÍGONA.—Sí; hermano nacido de la misma madre y del mismo padre que yo.

CREONTE.—¿Cómo, entonces, lo honras con un don que significa una falta de consideración hacia él?

ANTÍGONA.—No corroboraría esos tus puntos de vista el muerto.

CREONTE.—¿Cómo que no, cuando le dedicas a él los mismos honores que al impío?

ANTÍGONA.—Es que quien murió no es un simple esclavo, sino un hermano.

CREONTE.—Pero que intentaba arrasar este país, y en cambio el que se le enfrentó murió por defenderlo.

ANTÍGONA.—Con todo y con eso, el propio Hades postula que se cumplan con todos los muertos los ritos que yo he tributado a éste.

CREONTE.—Sin embargo, en lo que toca a su obtención no se puede comparar al bueno con el criminal.

ANTÍGONA.—¿Quién sabe si allá abajo esta mi conducta es santa!

CREONTE.—Tienes que saber que jamás el enemigo, ni aun muerto, es amigo²⁰.

ANTÍGONA.—Tienes que saber que nací no para compartir con otros odio, sino para compartir amor.

CREONTE.—Entonces ve allá abajo y, si tienes que amar, ámalos a ellos, que, mientras viva, en mí no ha de mandar una mujer.

(Sale ISMENE de palacio.)

CORIFE0.—Y por cierto que aparece ante el pórtico imírala!, Ismene, derramando lágrimas por su querida hermana. Y el torrente que fluye debajo de sus cejas le afea el rostro enrojecido, al tiempo que le inunda sus mejillas hermosas.

CREONTE.—¡Eh, tú, que en palacio, subrepticia como una víbora, trababas a escondidas de chuparme la sangre, sin darme cuenta de que estaba criando dos calamidades y los instrumentos para la subversión del trono!, vamos, dime ya, ¿también tú afirmarás haber participado en este enterramiento o jurarás no saber nada?

ISMENE.—He cometido el hecho siempre que ésta respalde lo que digo, y gustosamente comparto y asumo mi parte de responsabilidad.

ANTÍGONA.—Pero lo que tú pretendes no te lo permitirá la Justicia, porque ni aceptaste cuando te propuse el hecho ni yo lo llevé a cabo en unión contigo.

ISMENE.—Sin embargo, metida tú de lleno en una tormenta, no me da vergüenza compartir contigo una navegación que entraña tanto riesgo.

ANTÍGONA.—Quiénes son los autores del hecho lo saben por igual Hades y los muertos. Y yo a una que ama sólo de palabra no la quiero de amiga.

ISMENE.—Por favor, hermana, no me prives del honor de morir contigo y de santificar, así, al muerto.

ANTÍGONA.—¡Nada de morir junto conmigo ni tampoco de tomar como tuyo aquello en lo que no interviniste para nada! ¡Bastará que muera yo sola!

ISMENE.—¿Y qué vida hay grata para mí si me veo privada de ti?

ANTÍGONA.—Pregúntaselo a Creonte, pues antes te mostrabas preocupada por él.

ISMENE.—¿Por qué me mortificas así sin ganar nada con ello?

ANTÍGONA.—Créeme que me produce hondo pesar reírme a costa tuya.

ISMENE.—Entonces, si es como dices, ¿qué ayuda podría prestarte yo todavía ahora, ya que no antes?

ANTÍGONA.—Sálvate tú. No te envidio que consigas escapar.

ISMENE.—¡Lo que tengo que soportar yo! ¿Hasta tengo que verme privada del destino que te espera a ti?

ANTÍGONA.—Claro que sí, pues tú optaste por vivir, y, en, cambio yo por morir.

ISMENE.—No es cierto que yo optara por vivir, si tenemos en cuenta la interpretación íntima que del hecho tuve aunque no la declarara expresamente con palabras.

ANTÍGONA.—Tú entendías que tu manera de interpretar los hechos era la correcta; en cambio, yo entendía que la correcta era la mía.

ISMENE.—Sin embargo, es el mismo el error de las dos.

ANTÍGONA.—¡Estate tranquila! Tú todavía disfrutas de la vida, en cambio mi espíritu lleva muerto ya mucho tiempo, de donde se deduce que tiene que prestar su ayuda a los muertos.

²⁰ Idea semejante en *Áyax*, línea 1348; 1356.

CREONTE.—Aseguro que estas dos muchachas brillan por su insensatez, una desde hace un momento, y la otra desde el mismo instante de nacer.

ISMENE.—Nada de eso, sino que, oh soberano, a los que son desgraciados como yo no les permanece inalterable la sensatez por arraigada que la tuvieran, sino que cede el sitio a otra mejor.

CREONTE.—Efectivamente eso te va bien a ti, cuando optaste por comportarte mal poniéndote del lado de los malvados.

ISMENE.—Pues ¿qué atractivo tiene la vida para mí, si me quedo sola, sin ésta?

CREONTE.—Sin embargo, procura no decir «ésta», pues ya no existe.

ISMENE.—¿Vas a matar a la novia de tu propio hijo?

CREONTE.—Sí, pues también los campos de otras admiten arado²¹.

ISMENE.—No, al menos con el grado de compenetración que había entre él y ésta.

CREONTE.—A las mujeres perversas las detesto como esposas para mis hijos.

ISMENE.—¡Queridísimo Hemón, como te injuria tu padre!

CREONTE.—¡Ya pasa de la raya lo que me estás molestando tú y tu condición de casamentera!

CORIFEO.—¿Es cierto que vas a privar de esta muchacha a tu propio hijo?

CREONTE.—Es Hades quien va a suspender esta boda.

CORIFEO.—Al parecer, está decidido que ésta tiene que morir.

CREONTE.—Sí, por mí y supongo que también por ti. ¡No más charlas ya! Al contrario, criados, haceos cargo de ellas y llevadlas a palacio. Además, conviene que estas mujeres estén atadas y no sueltas. Pues escapan, ¡por supuesto!, hasta los más valientes cuando ya ven cerca a la muerte que los va a privar de la vida.

(Entran todos en palacio.)

ESTROFA 1

CORO.

Bienaventurados aquéllos cuya vida está exenta de calamidades, pues a aquéllos cuya morada sea sacudida por el dios no les falta desastre alguno, sino que éste los persigue durante un montón de generaciones.

Es igual que el oleaje del mar,

²¹ Imagen frecuente referida a la procreación humana, observable igualmente en Shakespeare, *Sonetos de Amor*, III, pág. 42, traducción y texto crítico por A. García Calvo.

que, cuando, impulsado por los airados aires tracios, invade el oscuro fondo submarino, remolinea desde las profundidades la negruzca arena, y hace que rujan con estruendo los acantilados azotados por los vientos y los embates de las olas.

ANTÍSTROFA 1

Observo que las penalidades de la casa de Lábdaco y sus descendientes, ahora en trance de extinción, están recayendo desde la fundación de la casa, penalidades sobre penalidades, y no consigue librar de ellas a una generación la siguiente generación,

sino que, al contrario, hay algún dios que los está arruinando, y estas penalidades no tienen solución.

Digo esto porque justo lo último que de la raíz de esta familia había despuntado, ¡un sol para la casa de Edipo!, ahora lo va a segar también el funesto carcoma de los dioses infernales, unido a la falta de tacto de que ella hizo gala en sus palabras, y el Furor de sus sentimientos.

ESTROFA 2

Tu potencia, Zeus, ¿qué soberbia humana la contendrá, cuando ni una sola vez pueden con ella ni el sueño, que todo cautiva, ni los incesantes meses de los dioses, sino que, por el contrario, tú, invetusto en edad y potente, ocupas el refulgente destello del Olimpo? Al futuro y al porvenir y al pasado alcanzará esta ley: no hay absolutamente un solo instante que llegue sin algún desastre para la vida de los humanos, al menos en lo más de ella.

ANTÍSTROFA 2

La muy divagante esperanza de algo para muchos hombres se traduce en un beneficio, pero para otros muchos en una defraudación de sus vacuas pretensiones.

Y no hay nadie que esté en el secreto de lo que le va a sobrevenir, hasta que abrasa su pie en fuego que le quema.

En efecto, la sabiduría de alguien
ha sacado a la luz pública esta famosa expresión:
que lo malo parece a veces que es bueno
a aquella persona cuya alma
empuja la divinidad al desastre.

Cuando eso ocurre, se mueve al margen del desastre durante muy
poquito tiempo.

(*Entra HEMÓN en escena.*)

CORIFE0.—Mira, ahí viene Hemón, la más joven criatura de entre tus
hijos. ¿Vendrá acaso dolido de la suerte de su prometida Antígona,
transido de rabia por la frustración de su boda?

CREONTE.—Pronto lo hemos de saber²² mejor que adivinos. Hijo,
¿verdad que no te presentas aquí rabioso contra tu padre, por ha-
ber llegado a tus oídos el dictamen definitivo relativo a esa tu pro-
metida? ¿O me consideras tu amigo, haga lo que haga?

HEMÓN.—Padre, tuyo soy, y tú con tus buenas intenciones para con-
migo me vas encauzando. A ellas yo me conformaré. Pues, por lo
que a mí toca, hay que dar por bueno que no voy a contraer nin-
gún matrimonio más ventajoso que el hecho de que tú me orientes
bien.

CREONTE.—Sí, hijo, así es como conviene que lo tengas metido en tu
más profundo interior: que todo quede postergado ante el punto
de vista de tu padre. Pues por eso los hombres engendran hijos y
se glorían de tenerlos obedientes en casa, para que, por un lado,
los defiendan de sus enemigos, respondiendo a sus males con otros
males, y, por otro, para que aprecien a los amigos de su padre igual
que los aprecia éste. En cambio, de aquél que planta vástagos inúti-
les ¿qué otra cosa se puede decir de él sino que plantó penalidades
para sí mismo, y, en cambio, a favor de sus enemigos un mar de
satisfacciones? Así, pues, hijo, jamás tires por la borda esa tu mag-
nífica sensatez por el goce y a causa de una mujer, consciente de
que una mujer malvada que en casa comparte el lecho con uno re-
sulta para su esposo un grillete helador²³. Pues ¿qué cáncer peor
puede haber que un amigo perverso? Al contrario, escupe a la mu-
chacha esta como se escupe a un enemigo y déjala que se despose
en el Hades con algún muerto. Digo esto porque, en vista de que
la sorprendí en actitud desafiante, la única entre todos los miem-
bros de la ciudad, no voy a caer en el error de defraudar ieso nun-
cal a la ciudad, sino que la mataré. Ante esta decisión dispóngase a

eleva un himno a Zeus Consanguíneo. Pues si llegara a nutrir en
el desorden nada menos que a las criaturas de mi propia familia
¡cuánto más a los de fuera! Al contrario, quien es hombre de bien
en lo particular se verá que también en lo público es justo, pero el
que con sus trasgresiones fuerza las leyes o se le ocurre señalar a
las autoridades lo que tienen que hacer, no es cosa de que ese indi-
viduo consiga mi aprobación. Al contrario, quien esté a la cabeza
por decisión de la ciudad, a ése es menester atender, tanto en cues-
tiones de poca monta y justas como en las contrarias. Y ese hom-
bre que así sabe atender, puedo asegurar que estaría dispuesto a go-
bernar perfectamente y a dejarse gobernar sin causar problemas, y
que, en el fragor del combate, permanece alineado como un sopor-
te leal y valeroso para sus camaradas. En cambio, no hay mal peor
que la rebeldía a la autoridad: es ella quien echa a perder a las ciu-
dades, quien hace que se desmoronen las casas, quien rompe la re-
tirada de las armas aliadas. En cambio, la mayoría de las personas a
quienes les van bien sus cosas es la obediencia a la autoridad quien
las salva. Por eso hay que defender lo ordenado, y, ¡claro!, no hay
que dejarse avasallar ni por lo más remoto por una mujer, pues es
preferible, si llega el caso, ceder a las presiones de un hombre,
pues, en ese caso, no seríamos tachados de vasallos de mujer
alguna.

CORIFE0.—A nosotros nos da la impresión, si es que nuestros mu-
chos años no hacen que estemos engañados, que das unas explica-
ciones sensatas de lo que tratas de explicar.

HEMÓN.—Padre, los dioses infunden a los humanos la prudencia, el
bien más sobresaliente que existe. Yo no sería capaz ni se me ocu-
rriría arguir que a lo mejor esto que argumentas tú no es correcto,
pero, sin embargo, ¡claro!, puede ser que también otro que vea las
cosas de manera distinta tenga razón. Pues, ¡la verdad!, es natural
que yo esté atento, por bien tuyo, a todo cuanto la gente dice o
hace o tiene que reprochar, pues esta tu mirada resulta espantosa
para el hombre del pueblo si oyes ese tipo de manifestaciones que
no te agrada oír. En este sentido, a mí me es fácil escuchar en la
sombra y enterarme de esto, cómo se lamenta la ciudad, cómo, a
juicio de la ciudad, se acaba de la manera más desastrosa por he-
chos muy insignes la mujer que menos se lo merece de todas, quien
no consintió que su hermano, caído en vengativa lucha, quedara
insepulto y que así desapareciera a manos de crueles perros ni de
ave rapaz alguna. ¿No es ella merecedora de obtener áurea estima?
Tales son los extremos que alcanza en secreto el oscuro rumor.
Para mí, padre, no hay ni un solo tesoro máspreciado que el que
te sonría a ti la suerte en la marcha de tus cosas, pues ¿qué maravi-
lla mayor para los hijos que un padre que disfruta de un buen

²² Lo mismo en *Edipo Rey*, 84, y similar en *Filoctetes*, 539.

²³ Cfr. Hesíodo, *Trabajos* y *Semónides*.

nombre, y, a su vez, cuál mayor que eso mismo para un padre de parte de sus hijos? Por eso, no hagas uso en tu fuero interno de una sola manera de ver las cosas²⁴, pensando concretamente que lo acertado es lo que tú afirmas y ninguna otra cosa más, pues todo aquél que tiene para sí que solo él es quien tiene razón o que sólo él tiene una lengua o un alma que no tiene nadie más, los que así piensan, si se les quita el caparazón, aparecen vacíos²⁵. Al contrario, no constituye desdoro alguno para un varón, por sabio que sea, aprender montones de cosas y procurar no pasarse de intransigente. Es un hecho de experiencia diaria que a la llegada de corrientes torrenciales los árboles que les dejan libre el paso consiguen salvar sus ramas, mientras que los que se resisten desaparecen con tronco y todo. De igual modo, todo aquél que aprieta con fuerza las escotas de una nave y no afloja ni lo más mínimo, llega a volcar y, en adelante, tiene que navegar con la cubierta boca abajo²⁶. Tú, por el contrario, cede, dale a esa tu corajina un pequeño respiro. Pues, si en el joven que soy yo se asienta alguna inteligencia, afirmo que es una gran ventaja que el hombre nazca lleno de acierto en todo, pero, por si acaso, pues eso es algo que gusta de no seguir esos derroteros, es bonito aprender también de los que manifiestan juicios razonables.

CORIFEO.—Soberano, conviene que tú, si tu hijo discurre algo acertado, lo entiendas así, y tú, Hemón, igualmente lo acertado de tu padre, pues se han emitido juicios correctos por ambas partes²⁷.

CREONTE.—¿Los de tan avanzada edad hasta vamos a dejarnos enseñar ahora a recapacitar a requerimiento de una persona tan joven de edad?

HEMÓN.—Nada injusto hay en ello. Y si soy joven, no es cosa de fijarse en mi edad más que en mis hechos.

CREONTE.—¿Uno de esos tus hechos es tener consideración con los sediciosos?

HEMÓN.—Tampoco sería yo quien mandara tener consideración con los perversos.

CREONTE.—¿Es que no está tocada ésta de la enfermedad de la perversión?

HEMÓN.—La gente toda de esta ciudad de Tebas afirma al unísono que no.

²⁴ La misma idea en *Ajax*, 926.

²⁵ Cfr. Platón, *Banquete*, 216 E. Ambos pasajes responden a la misma idea.

²⁶ Imagen semejante que pone al descubierto los inconvenientes de la intransigencia y obcecación en *Ajax*, 1142 y ss.

²⁷ Esta idea es una fórmula de la tragedia, cfr. *Electra*, 369-71.

CREONTE.—¿Es que me va a decir una ciudad lo que tengo que decidir?

HEMÓN.—¿Te das cuenta cómo has dicho esto comportándote a la manera de alguien excesivamente joven?

CREONTE.—¿Es que tengo que gobernar este país a gusto de otro que no sea yo?

HEMÓN.—Es que no hay ciudad alguna que pertenezca en propiedad a un solo hombre.

CREONTE.—¿No es norma considerar la ciudad propia del jefe?

HEMÓN.—Si así fuera ¡qué bonito sería que mandaras tú en un país completamente deshabitado excepto por ti!

CREONTE.—Este, según parece, está coaligado con esa mujer.

HEMÓN.—Es verdad, siempre que tú seas una mujer, pues en realidad tú eres por quien me preocupo.

CREONTE.—¡Oh tú el colmo de la perversión!: ¿te metes en querellas con tu padre?

HEMÓN.—Es que estoy viendo que faltas a lo que es de justicia.

CREONTE.—¿Es que falto por guardar alta consideración a esta mi autoridad?

HEMÓN.—Es que no guardas consideración alguna cuando pisoteas nada menos que los honores debidos a los dioses.

CREONTE.—¡Infame individuo! ¡Mira que subordinarse a una mujer!

HEMÓN.—Tienes que saber que no me cogerías sometido en lo más mínimo a nada deshonroso.

CREONTE.—Sin embargo, tu discurso de ahora es todo él un alegato en pro de ella.

HEMÓN.—Y también de ti más que de ningún otro, y de mí y de los dioses infernales.

CREONTE.—No hay forma alguna de que te cases nunca jamás con ella viva.

HEMÓN.—Entonces hay que deducir que ella morirá y que con su muerte arrastrará a alguien.

CREONTE.—¿Es que llegas hasta a amenazarme y a revolverte contra mí así, con tanto descaro?

HEMÓN.—¿Qué amenaza hay en replicar juiciosamente a unos puntos de vista vacíos de todo sentido?

CREONTE.—Las lágrimas son las que te harán entrar en razón a ti que careces por completo de sensatez.

HEMÓN.—Si no fueras mi padre, habría dicho que no estás en tu sano juicio.

CREONTE.—Siendo como eres vil esclavo de una mujer, no me aburras con tu cháchara.

HEMÓN.—¿Te gusta despacharte a placer y luego que no llegue a tus oídos lo más mínimo?

CREONTE.—¿Ah, conque sí? Sin embargo, ¡por el Olimpo aquí visible!, estate seguro: no te vas a alegrar de mofarte de mí con tus burlas. (*Dirigiéndose a un servidor.*) Lleva de una vez a esa aborrecida muchacha para que muera ahora mismo a la vista y al lado de su novio que la asistirá.

HEMÓN.—¡Eso de a mi lado, no te lo imagines ni por asomos! Ni ella morirá a mi lado ni tú me volverás a ver la cara con tus ojos, todo ello para que, así, rabies en compañía de los amigos que te lo aguanten.

(*Sale HEMÓN precipitadamente.*)

CORIFEO.—Soberano, este hombre ha escapado a la carrera preso de ira. A esa edad una cabeza que se siente dolida es capaz de cualquier cosa²⁸.

CREONTE.—¡Lejos de aquí lleve a cabo con sus manos y conciba en su mente hechos superiores a los que corresponde a un ser humano hacer y pensar: que, lo que es a estas dos muchachas, no las va a librar de la muerte!

CORIFEO.—¿Es que piensas matarlas a las dos?

CREONTE.—A la que no tocó nada, a ésa no. Pues, efectivamente, tu razonamiento es acertado.

CORIFEO.—¿Con qué tipo de muerte proyectas matarla?

CREONTE.—La llevaré a un lugar donde no existan huellas humanas, y allí la encerraré viva en una gruta rocosa, ofreciéndole tan sólo la mínima cantidad de comida que la religión exija para que la ciudad entera se substraiga a una mácula pecaminosa. Allí, si se lo pide a Hades, que es el único de todos los dioses a quien rinde veneración, a lo mejor consigue de él evitar la muerte²⁹, o, lo que es más de esperar, comprenderá entonces al fin, ya que no antes, que rendir veneración a las fuerzas del Hades es empeño baldío.

(*Entra CREONTE en palacio.*)

ESTROFA

CORO.

Amor³⁰, invencible en combate,
Amor, que irrumpes en los ganados,

²⁸ Fórmula de la tragedia, cfr. *Edipo Rey*, 1073-1075.

²⁹ Irónico.

³⁰ Desarrolla aquí Sófocles el conocido tema del poder absoluto del Amor como medio de la continuación de las especies, que arranca, al menos, del *Himno a Afrodita* y, tras recorrer la literatura griega, alcanza el inicio maravilloso del poema de Lucrecio.

que pernoctas en las tiernas mejillas de la doncella,
y te paseas por el mar y entre
las majadas campestres.

Y no escapa a ti ninguno
ni de los dioses ni
de los efímeros mortales,
y el que se hace contigo, enloquece.

ANTÍSTROFA

Tú pasas los pensamientos de los justos
a injustos, para su afrenta.
Tú has promovido también esta disputa
entre hombres unidos por la sangre.
Pero a la postre se impone, patente en la mirada,
la pasión por la novia que promete un buen lecho,
pasión que tiene su fundamento
en las leyes eternas grandiosas en autoridad.
La explicación de ello es que entra en juego
una diosa invencible, Afrodita.
Pero ahora ya, hasta yo mismo hago caso omiso
de las susodichas leyes, al comprobar lo que está ocurriendo aquí,
y ya no soy capaz de contener torrentes de lágrimas,
cuando compruebo que ésta, Antígona, va a dar con sus huesos
en la cámara donde todos duermen.

ESTROFA 1

ANTÍGONA.

Aquí me veis, conciudadanos de la tierra paterna,
recorriendo ya el último camino,
y contemplando por última vez el fulgor del Sol,
que nunca más volveré a ver, sino que Hades,
que infunde en todos el sueño eterno, me empuja
aún con vida a la ribera del Aqueronte³¹, sin
haber resultado agraciada con dedicatoria alguna
de cantos nupciales, y sin que hasta ahora loa alguna
se me haya entonado al pie de la cámara nupcial,
sino que es el Aqueronte con quien me voy a desposar.

CORO.

No se puede negar que marchas ilustre y merecedora de toda
alabanza
a esta celda de los difuntos
sin haber sufrido el azote de una enfermedad agotadora

³¹ Nombre de uno de los varios ríos del Infierno.

y sin haber obtenido el pago que dan los puñales,
sino que eres la única de verdad entre todos los mortales que por
decisión propia
vas a bajar al Hades.

ANTÍSTROFA 1

ANTÍGONA.

Oí que pereció de la manera más triste,
junto a la cima del Sípilo,
aquella extranjera frigia³²,
hija de Tántalo, a la que, a guisa de yedra tenaz,
domeñó un saliente rocoso,
y a quien, según ciertos varones afirman,
al tiempo que se derrite por efecto de las lluvias
jamás la abandona la nieve, mientras inunda
con un sinfín de lágrimas, que bajan por sus párpados,
los collados. Pues bien, completamente igual a ella,
me va a someter a mí el destino al sueño eterno.

CORO.

Sin embargo, tienes que saber que era diosa y por dioses engen-
drada,
y en cambio nosotros humanos y por mortales engendrados.
Sin embargo, es ya una gran cosa para una mujer perecedera tener
fama
de haber obtenido viva y, después, muerta, consorcio con los semi-
dioses.

ESTROFA 2

ANTÍGONA.

¡Ay de mí, soy objeto de risión! ¡Por los dioses de nuestros padres!,
¿por qué
no esperas para burlarte de mí a que haya muerto,
en lugar de hacerlo ante mi propia cara?
¡Oh mi ciudad, oh potentados varones
de mi ciudad!
¡Ay fuente de Dirce y alameda sagrada
de Tebas bien provista de carros!
pese a todo os tomo a todos en bloque por testigos
de cómo soy yo y cómo las leyes por las que, sin recibir el consue-
lo de las lágrimas de

³² La frigia es *Niobe*, hija de Tántalo, transformada en roca sobre el monte *Sípilo* de Lidia, tras perder a sus seis hijos y a sus seis hijas a manos respectivamente de Apolo y de Artemis, por castigo a su jactancia.

amigo alguno,
me encamino a la reclusión tumularia
de un insólito enterramiento!
¡Ay desgraciada de mí: no voy a ser
convecina ni de mortales ni de difuntos
ni de vivos ni de muertos!

CORO.—Abusaste llegando al colmo de la osadía, y por eso, hija, cho-
caste fuertemente con el sublime pedestal de la Justicia, y con ello
estás pagando alguna mala acción de tus padres.

ANTÍSTROFA 2

ANTÍGONA.

Me tocaste la fibra más sensible, la pesadilla
por la desgracia una y otra vez removida de mi padre
y el compendio del destino fatal que nos ha correspondido
a nosotros, los famosos descendientes de Lábdaco.
¡Ay, locura de mi madre, traducida en aquellas sus coyundas!
¡Ay! ¡Que se acostara mi madre con su propio hijo,
mi desventurada madre con mi propio padre!

Esto les aconteció a aquéllos de quienes un día yo, abrumada ahora
en mi mente

de molestos recuerdos, nací, y hacia quienes ahora me dirijo a
compartir la morada, imaldita y soltera!

¡Ay, hermano³³, al contraer malhadado matrimonio,
tú, una vez muerto, me despojaste a mí de la vida que aún tenía!

CORO.—Tributar las honras debidas constituye una honorabilidad va-
liosa, pero la autoridad de aquél a quien el ejercicio de la autoridad
obsesiona es cosa que en modo alguno se puede trasgredir. Y a ti
te perdió tu impetuosidad decidida por tus particulares resonancias.

ÉPODO

ANTÍGONA.—Sin consuelo de las lágrimas de nadie, sin amigos, sin
haberme casado, voy a correr luto que tanto he sufrido! este camino
que me espera. Ya no me es lícito, ¡desgraciada de mí!, contemplar
este sacro espectáculo del Sol. Y esta mi suerte, que no logra
arrancar a nadie lágrima alguna, no hay ni un solo amigo que la
deplora.

(Sale CREONTE de palacio.)

CREONTE.—¿Veis cómo no hay uno que antes de morir pusiera fin a
canticos y lamentos por si le valiera de algo emitirlos? ¿No la em-
pujaréis³⁴ cuanto antes? Luego, tras encerrarla en un túmulo bien

³³ Polinices, al contraer matrimonio con la hija del rey de Argos, *Argia*, tra-
jo como aliados contra Tebas a los argivos.

³⁴ El sujeto son los criados de Creonte.

recubierto, como ya he dicho, dejadla sola, abandonada de todos, bien sea que deba morir o bien quedar enterrada viva bajo semejante cubierta. Pues, en esas condiciones, nosotros estamos limpios de culpa en lo que a esta muchacha respecta. En todo caso, quedará privada de la convivencia con la gente de aquí arriba.

ANTÍGONA.—¡Oh túmulo, oh cámara nupcial, o excavado habitáculo³⁵ que me aguardó por siempre, a donde avanzo junto a los míos, infinito número de los cuales, acabados de mala manera, ha recibido en el mundo de los muertos Perséfone, la última de las cuales yo, y de la peor manera con mucho, bajo allá antes de que se me haya agotado mi plazo de vida! Sin embargo, me recreo vivamente en la esperanza de que, cuando llegue allí, mi presencia será grata a mi padre, y más que grata para ti, madre, y grata a ti, hermano. Y esto porque, cuando moristeis, os lavé y preparé vuestra mortaja y sobre vuestro sepulcro ofrecí libaciones, todo con mis propias manos. Pero ahora, Polinices, por recubrir tu cadáver, mira lo que me gano. Y sin embargo, a juicio de los bien pensados, no hice otra cosa que tributarte las honras debidas. Pues ni aunque se hubiera tratado de unos hijos nacidos de mí, ni de un marido, que, muertos, se estuvieran descomponiendo, jamás habría arrostrado esta prueba llevando la contra a mis conciudadanos³⁶. Pues bien, ¿en gracia a qué ley me expreso así? Simplemente porque marido, muerto uno, otro habría, y un hijo de otro hombre si hubiera perdido al primero. Pero, ocultos en el Hades madre y padre, no hay hermano alguno que pueda retoñar jamás. Sin embargo, pese a haberte dedicado los más altos honores de acuerdo con tal ley, Creonte entendió que ese mi comportamiento constituía un delito y una osadía tremenda, ¡oh hermano! Y ahora, tras cogerme en sus manos, me lleva así, sin haber conocido el tálamo, sin haber escuchado los cantos de mi boda, sin haber obtenido asignación de matrimonio alguno ni de una criatura infantil, sino que, así como veis, abandonada de los amigos idesventurada de mí! me encamino viva a las profundidades de los muertos, ¿por haber trasgredido qué legalidad de los dioses? ¿De qué me vale idesdichada de mí! levantar ya mis ojos hacia los dioses? ¿A qué aliado llamar en mi ayuda? Bien se ve que con mis buenas consideraciones lo que gané fueron estas amargas desconsideraciones. Sin embargo, si se confirma que las medidas tomadas contra mí son bien vistas por los dioses, una vez que sufra el castigo impuesto podría reconocer que he faltado,

³⁵ Este tipo de castigo se sugiere también en *Electra*, 378-382.

³⁶ Sófocles sigue aquí el modelo de su amigo Heródoto, 3, 119, referido a la mujer de Intafernes.

pero si los que faltan son éstos, entonces ¡que no lleguen a sufrir un daño mayor que el que me afligen fuera de toda razón!

CORIFEIO.—Lo que es a ésta, le embargan todavía el alma las mismas ráfagas y los mismos vientos.

CREONTE.—¡Te aseguro que a éstos que la llevan les van a saltar las lágrimas por tanta lentitud!

ANTÍGONA.—¡Ay de mí! ¡Ese grave enunciado es el que más de cerca ha llegado a tocar mi muerte!

CREONTE.—No quiero suscitar la más mínima esperanza de que acaso no vaya a confirmarse esta decisión en los términos concebidos.

ANTÍGONA.—¡Oh ciudad paterna de la tierra teban y dioses progenitores! Ya me llevan sin más tardanza. Mirad, autoridades de Tebas, a la única que quedaba de las infantas ¡cómo soy yo y cómo los hombres que me infligen tamaña afrenta, y eso por acatar el más piadoso acatamiento!

(Se llevan a ANTÍGONA.)

ESTROFA 1

CORO.

También la figura de Dánae³⁷ fue capaz de trocar la luz del cielo por una estancia cerrada con llave de bronce, pero encerrada en cámara sepulcral fue obligada a rendirse. Y sin embargo, oh muchacha, muchacha, no sólo era honorable por su linaje sino que atesoraba también la casta de Zeus llegada en forma de corriente de oro. Sin embargo, la fuerza del destino es algo tremenda: ni la dicha ni Ares ni una fortaleza ni las negras naves zarandeadas por la mar conseguirían esquivarla.

ANTÍSTROFA 1

También fue obligado a rendirse el colérico hijo de Driante³⁸,

³⁷ Dánae, hija de Acrisio, rey de Argos. Éste había sido vaticinado que moriría a manos de su nieto. Por eso encerró a su hija en una cámara de bronce, pero allí fue visitada por Zeus bajo la especie de lluvia de oro. Al enterarse Acrisio del nacimiento de su nieto, llamado *Perseo*, depositó a ambos en una cesta en las aguas del mar (tradición similar a la de Moisés, típica de hombres a quienes espera excepcional futuro) y llegaron a la isla de Sérifo. Con el tiempo, tras haberse convertido Perseo en un héroe por matar a la *Medusa*, volvieron a Argos para visitar al anciano Acrisio y, con ocasión de la celebración de unos juegos, Perseo mató involuntariamente a su abuelo al lanzar el disco.

³⁸ *Licurgo*, retenido en una caverna por oponerse a la introducción del culto de Dioniso.

rey de los edones, a causa de sus mordaces enconos,
soterrado por Dionisio en rocosa prisión.
En tal situación la tremenda y floreciente furia
de su locura se va agotando. Entonces vino a reconocer
que había herido a aquel dios con mordaces puntadas.
Pues trataba de frenar a las endiosadas mujeres
y sus antorchas acompañadas de ovaciones
y enfadaba a las Musas encariñadas con la flauta.

ESTROFA 2

Junto al piélago donde se asientan las *Oscuras Rocas* situadas entre
dos mares
están las costas del Bósforo y la playa de los tracios de nombre Sal-
mideso:
allí fue donde su convecino Ares les vio a los dos hijos de Fineo
una maldita llaga causante de su ceguera,
provocada por la salvaje esposa de Fineo,
llaga cegadora de las órbitas de sus ojos, crimen que clama ven-
ganza,
llaga producida sin lanzas, por sanguinarias
manos y con la punta de lanzaderas.

ANTÍSTROFA 2

Y consumiéndose lloraban ¡cuitados! las cuitas de su desgracia,
por tener su origen en la infausta boda de su madre:
ésta, la hija de Bóreas, y por tanto de los dioses, por casta se re-
montaba a los Erectidas, de viejo
cuño, y se había criado en extraviados antros entre los huracanes
paternos,
corriendo por las cumbres de las escarpadas colinas codo a codo
con las yeguas.
Pero, pese a ser hija de dioses, también con ella
se enseñaron los *Destinos* longevos, querida niña.

(*Entra TIRESIAS³⁹, el adivino ciego, conducido por un lazarillo.*)

TIRESIAS.—Príncipes de Tebas, hemos recorrido juntos el camino por
uno solo viendo los dos, pues ésta es la andadura posible a los cie-
gos: gracias a los buenos oficios de un guía.

CREONTE.—¿Qué hay, anciano Tiresias, de nuevo?

TIRESIAS.—Te lo explicaré, y tú haz caso al adivino.

CREONTE.—El hecho es que, antes al menos, no disienta de tu buen
juicio

³⁹ Su madrastra les sacó los ojos. Previamente su padre, *Fineo*, había aban-
donado y encarcelado a su madre *Cleopatra*.

TIRESIAS.—Precisamente por eso pilotabas a derechas esta ciudad.

CREONTE.—Mi experiencia me permite atestiguar tu utilidad.

TIRESIAS.—Piensa que ahora, por el contrario, estás situado al borde
de la ruina.

CREONTE.—¿Qué ocurre? ¡Porque esa expresión de tu boca me pone
los pelos de punta!

TIRESIAS.—Te vas a enterar de lo que pasa al oír las pruebas que
aporta mi profesión. Ello es así: sentado en el viejo poyo, atalaya
observadora de las aves, donde tenía a mi disposición la arribada
de toda clase de aves, oigo un ignoto griterío de aves que chirria-
ban con crueles y bárbaros picotazos. Y me di cuenta de que unas
a otras se despedazaban a muerte con las uñas, pues el estruendo
de sus alas no era difícil de interpretar. Y, sobrecoigido, corriendo
me dispuse a probar los sacrificios en altares dispuestos del todo
para recibir las llamas. Pero la llama no brillaba en las ofrendas,
sino que la grasa que manaba de los muslos se consumía en la ceni-
za y humeaba y salpicaba, y la bilis se diluía en el aire, y los muslos,
una vez escurridos, quedaban despojados de la grasa que antes los
recubría. Tales acontecimientos captaba por este muchacho: que los va-
ticipios propios de las ceremonias aquellas se consumían sin dar
una información clara. Pues éste me sirve a mí de guía y yo a los
demás. Y esto es una enfermedad que padece la ciudad por tu par-
ticular manera de interpretar las cosas, pues los altares y lares per-
manecen repletos con todas sus ofrendas por culpa de haber devo-
rado aves y perros al desdichado hijo de Edipo que cayó en com-
bate. Por eso los dioses no admiten ya las súplicas que les dirigim-
os con nuestras ofrendas ni la llama de los muslos de esas ofren-
das, y tampoco los pájaros chirrían un tipo de griterío fácilmente
interpretable, por haber engullido, de la sangre que echó a perder a
aquel hombre, la parte grasienta. Por tanto, hijo, recapacita. Pues
común a todos y a cada uno de los hombres es equivocarse, pero
después de equivocarse ya no es insensato ni desdichado quien,
tras caer en esa enfermedad, procura curarse y no hacerse inflexi-
ble. La obstinación, ¡por supuesto!, incurre en torpeza. En fin,
cede ante el muerto, y no insistas en acribillar a puñaladas a un di-
funto. ¿Qué heroicidad hay en volver a matar al que ya está muer-
to? Porque te quiero bien, te doy buenos consejos. Y, además, dul-
císima cosa es aprender de quien da consejos si esos consejos re-
portan beneficio.

CREONTE.—Viejo, como los arqueros disparan al blanco así disparáis
todos vosotros al hombre que te habla. Y no estoy libre siquiera de
los manejos de vuestra profesión vaticinadora, sino que por las in-
trigas de esta raza estoy vendido a cambio de cualquier cosa y tra-

tado como mercancía desde tiempos atrás⁴⁰. Enriqueceos, traficad con el ámbar de Sardes⁴¹, si os apetece, y con el oro de la India. ¡Todo menos enterrarlo! Ni aunque las águilas de Zeus se decidan a atraparlo con sus garras y llevarlo como carroña hasta los tronos de Zeus, ni aun así permitiré enterrarlo, sin miedo a que ello constituya mácula, pues bien sé que no hay hombre alguno que pueda mancillar a los dioses. En cambio, viejo Tiresias, los hombres, hasta los muy hábiles, se derrumban cayendo al suelo de manera ignominiosa cuando presentan con los más bellos argumentos propósitos inconfesables por afán de lucro.

TIRESIAS.—¡Ay! ¿Es que hay algún hombre que sepa, alguno que se dé cuenta de...

CREONTE.—¿De qué cosa? ¿Qué es eso que aplicas a todos en general?

TIRESIAS.—...en qué medida es la prudencia la mejor de las riquezas?

CREONTE.—Sí, justo igual que, en mi opinión, obcecarse en no ser sensato es la ruina más grande.

TIRESIAS.—Sin embargo, tú estás lleno de ese mal.

CREONTE.—No quiero responder con reproches a los reproches del adivino.

TIRESIAS.—La verdad es que lo haces al decir que vaticino falsedades.

CREONTE.—Es que la raza de los adivinos está toda ella encariñada con el dinero⁴².

TIRESIAS.—Y la de los monarcas lo está con las ganancias vergonzosas.

CREONTE.—¿Sabes que lo que digas lo dices de uno que es jefe?

TIRESIAS.—Lo sé, pues por mí has salvado esta ciudad.

CREONTE.—Hábil adivino eres tú, pero enamorado de la injusticia.

TIRESIAS.—Me vas a obligar a mostrar lo que no se debe remover del fondo del alma.

CREONTE.—Remuévelo, sin otra condición que la de no hablar por lucro.

TIRESIAS.—En efecto, ahora creo que lo voy a hacer, así como dices, en lo que a ti toca.

CREONTE.—No harás negocio con mi decisión; hazte a esa idea.

TIRESIAS.—En fin, tienes que saber, pero que muy bien, que ya no pasarás muchas revoluciones consecutivas del sol sin que dentro de este breve plazo de tiempo no hayas permutado tú mismo a uno,

⁴⁰ Acusación típica de los dictadores contra los que no secundan sus planes. Es un tipo de fórmula repetida en *Edipo Rey*, 380 y ss.

⁴¹ Sardes, capital de Lidia, famosa por sus riquezas al igual que por lo mismo famoso su rey Creso. Cfr. Heródoto, 1, 26 y ss.

⁴² Fórmula repetida en *Edipo Rey*, 388.

fruto de tus propias entrañas, ya cadáver, en compensación de otros cadáveres, por cuanto, por un lado, has arrojado abajo a una persona propiedad de los dioses de arriba y has enterrado su vida indignamente dentro de un sepulcro, y, por otro, mantienes aquí, por el contrario, un cadáver propiedad de los dioses de abajo, expoliado en sus derechos, exento de honras fúnebres, execrado. Dioses infernales sobre los que ni tú ni los dioses de arriba tenéis competencia y, sin embargo, sufren por ti este acto de fuerza. Reprobadoras de ello, te acechan dispuestas a destruirte en cualquier momento las *Venganzas* de Hades y de los dioses, para que seas apresado en las redes de estas mismas afrentas. Y esto mira a ver si lo digo por dinero, pues un lapso de tiempo, y no largo, hará patentes en tus mansiones lamentos de hombres y mujeres. Con odio se conturban todas las ciudades de todos aquéllos cuyos muertos las únicas honras fúnebres que reciben son los desgarrones que les dedican o fieras o algún ave alada que lleva un nefando olor hasta la ciudad que mantiene el fuego del hogar. Tan incisivas flechas disparé a manera de arquero contra la furia de tu corazón, pues me estás molestando, flechas certeras a cuya febril picadura tú no escaparás. (*Al lazarrillo*.) Muchacho, llévanos a casa, para que ése descargue su cólera contra gente más joven y aprenda a tener más cuidado y a moderar más su lengua y su manera de pensar mejor que ahora lo hace.

CORIFEO.—Este hombre, soberano, se ha ido tras vaticinar cosas tremendas. Y vengo constatando, desde que estoy cambiando este cabello de negro en blanco, que todavía no ha habido ni una sola vez que haya proclamado una mentira a la ciudad.

CREONTE.—Me he dado cuenta también yo, y por eso tengo mi alma con mucha desazón. Pues el ceder es cosa espantosa y, a su vez, enfrentarme y lastimar así mi coraje con un desastre⁴³ entra también en la categoría de lo espantoso.

CORIFEO.—Lo que ahora hace falta es mucha prudencia, Creonte, hijo de Meneceo.

CREONTE.—Entonces ¿qué conviene hacer? Dilo, que yo te haré caso.

CORIFEO.—Ve allá y saca a la muchacha del cobertizo subterráneo y dispón sepultura para el cadáver que yace a la vista de todos.

CREONTE.—¿Llegas hasta a aconsejarme eso, y entiendes que debo hacerlo?

CORIFEO.—Sí, soberano, y cuanto antes, pues los castigos que envían los dioses a carrera tendida acorralan y cortan el paso a los insensatos.

⁴³ Es una variante del proverbio «dar golpes contra el aguijón», como Esquilo, *Prometeo Encadenado*, 323.

CREONTE.—¡Ay de mí! Mucho trabajo me cuesta, pero, sin embargo, depongo mi corajina renunciando a mi resolución, pues contra el destino no se debe en modo alguno sostener un combate condenado al fracaso.

CORIFEO.—Ve entonces allá y haz lo que decimos, y deja de lado cualquier otro menester⁴⁴.

CREONTE.—En ese caso marcharía allá así como estoy. ¡Vamos, vamos⁴⁵! séquito mío, el presente y el ausente, coged hachas en vuestras manos, corred al lugar que se divisa allá ¡Y yo, dado que mi decisión tomó estos derroteros, igual que fui yo quien la aprisioné también me presentaré allá y la pondré en libertad. Pues me temo que sea lo mejor cumplir las leyes establecidas sí con ello salvo la vida⁴⁶.

(Sale de escena CREONTE.)

ESTROFA 1

CORO.

¡Oh tú, multinominado, honra y prez de la desposada cadmea,
y vástago de Zeus⁴⁷ de grave bramido,
que a la ínclita Italia⁴⁷

⁴⁴ Suele ser entendido «y no encomiendes esta tarea a otros». Sin embargo, hay que convenir en que la idea del texto es idéntica a la de *Ajax*, 809, donde se expresa la decisión de actuar frente a la inactividad o la dedicación a otros menesteres. Idéntico a nuestra interpretación es *Ajax*, 772, y *Filoctetes*, 897, y en Heródoto, 2, 92.

⁴⁵ Está más cerca de una exclamación que de su primitivo valor verbal. Obsérvese que es frecuente este hecho, como viene demostrado por el uso, incoherente sintácticamente, de segunda persona singular del imperativo seguida de primera del plural, Jenofonte, *Memorables*, 1, 6, 4. Cfr. también sobre incoherencia sintáctica en el imperativo Aristófanes, *Ranas*, 1378 y Platón, *Leyes*, 797d.

⁴⁶ Nuestra interpretación está en la línea de las varias expresiones que indican «salvar la vida aun a costa de renunciar a las creencias personales», por ejemplo, «haz caso y sálvate», Platón, *Critón*, 44b. Esta es la idea de las líneas anteriores, *Antígona*, 992-994, y 1058, que vienen a significar: «Creonte ha salvado a la ciudad por cumplir los dictados del adivino, esto es, por cumplir las leyes establecidas.» Por último, el significado de esta expresión, según nuestro entendimiento, refleja un espíritu sumamente interesado y materialista, proceder propio del antihéroe, y ello encaja bien con la figura de Creonte que, por encima de todo, pone la *salvación de su vida*, y así huye vergonzosamente ante la amenaza de la espada de su hijo Hemón, cfr. líneas 1233-1234. En definitiva, la expresión de Creonte sería un bonito antecedente de la famosa «París bien vale una misa».

⁴⁷ Se refiere a *Dioniso*, que recorre los viñedos de la *Magna Grecia* y, particu-

proteges y mandas
en los valles comunales
de la eleusinia Deméter, oh Baco,
que habitas Tebas, la ciudad materna de las bacantes,
junto a la húmeda
corriente del Ismeno y al pie
del sembrado del feroz dragón!

ANTÍSTROFA 1

La llama destellante te ha visto en lo alto de la roca de doble
cresta,
adonde enfilan las ninfas Coricias hijas de Baco⁴⁸
y también la corriente de Castalia⁴⁹.
También te dejan partir⁵⁰,
entre ovaciones de inmortales cánticos,
las hederíferas alturas y la verde
ladera, rica en pámpanos, de los montes Niseos⁵¹,
cuando miras los caminos que llevan a Tebas.

ESTROFA 2

Entre todas las ciudades es ésta a la que
estimas por encima de todas
tú y, junto contigo, tu madre fulminada⁵².
Ahora más que nunca, dado que la ciudad
y todos sus miembros es presa de violenta enfermedad,
ven con purificador pie franqueando
la Parnasia pendiente o el gemebundo estrecho.

ANTÍSTROFA 2

¡Ay, jefe de los coros de luceros
que exhalan fuego, observador de nocturnos
griteríos,
mozo, vástago de Zeus, aparécete aquí,

lamente, varios lugares de la Grecia central como la *Gruta Coricia* del Parnaso. Dioniso, está especialmente ligado a Tebas por ser su madre *Sémele* hija de Cadmo, rey de Tebas.

⁴⁸ En sentido religioso. Expresión del tipo «hijas de María».

⁴⁹ Fuente de Delfos.

⁵⁰ Sobre esta expresión y sobre cualquier problema filológico de la obra total de Sófocles, cfr. nuestro comentario en nuestro *Sófocles*, que publicará en breve Ediciones de la Universidad de Salamanca.

⁵¹ Sófocles aquí los sitúa en Eubea. Son montes donde Dioniso pasó su infancia.

⁵² Sémele.

soberano, junto con la comitiva de tus
Tíades⁵³, las que, fuera de sí, corean
durante la noche entera a su amo Baco!

(*Entra en escena un MENSAJERO.*)

MENSAJERO.—Vecinos de las mansiones de Cadmo y de Anfión: mientras esté en pie la vida de un hombre no llegaría yo, ¡no hay tall, ni a elogiarla ni a censurarla jamás⁵⁴. Pues siempre es el hado quien levanta y el hado quien derriba al bienhadado y al malhadado, y no hay ni un solo adivino de los aconteceres humanos. Veréis: Creonte en su día era envidiable, en mi opinión, cuando logró salvar de los enemigos esta tierra cadmea y cuando se hizo él solo con el mando absoluto del país y lo dirigía floreciendo por la más genuina semilla de sus hijos. Pero ahora todo se ha perdido. Pues cuando un hombre destruye los objetos motivo de su satisfacción, yo apuesto a que ése no vive sino que lo considero un muerto que conserva la respiración. En efecto, ¡sé rico de capital con montones de riqueza si te apetece y vive con porte de rey, pero si está lejos de eso el estar contento, lo demás, si de lo que se trata es de conseguir alegría, yo no se lo compraría a nadie por el valor de la sombra del humo!

CORIFEO.—Pero ¿cuál es esta nueva carga que traes a los reyes?

MENSAJERO.—Muertos son, y los que viven son los culpables de que hayan muerto.

CORIFEO.—¿Y quién los asesinó? ¿Y quién es la víctima? Explicate.

MENSAJERO.—Hemón ha perecido y se desangró a instancias propias.

CORIFEO.—¿Por cuál de las dos ha perecido, por mano paterna o propia?

MENSAJERO.—Por sí solo, colérico con su padre por cuestión del asesinato.

CORIFEO.—¡Oh adivino! ¡Con cuánta exactitud, según se ve, cumpliste aquella grave profecía!

MENSAJERO.—En la seguridad de que esto es así, procede deliberar sobre lo demás.

(*Sale EURÍDICE de palacio.*)

CORIFEO.—Mirad: veo aquí a la cuitada Eurídice, la esposa de Creonte. Viene de casa, ¡qué sé yo!, o por oír hablar de su hijo o por simple casualidad.

EURÍDICE.—Conciudadanos todos, percibí vuestras palabras según me encaminaba a la salida para llegarme a dirigir unas oraciones de súplica a la diosa Palas. Me encontraba descorriendo los cerrojos de la hoja de la puerta que abre hacia atrás⁵⁵, y en ese preciso instante la alusión a una calamidad familiar me hiere a través de los oídos, y aterrorizada caigo de espaldas sobre mis criadas y quedo estupefacta. Sin embargo, sea cual sea el mensaje, decidlo de nuevo, pues seré capaz de oírlo ya que estoy acostumbrada a las desgracias.

MENSAJERO.—Soberana amada, yo, que por cierto fui testigo de lo ocurrido, te lo diré y no omitiré expresión alguna por grave que sea, que toque la verdad. ¿Pues para qué habría de consolarte con suaves descripciones respecto a las que más tarde habíamos de parecer mentirosos? Lo correcto es siempre la verdad. Pues bien, yo había acompañado a tu esposo guiando sus pasos hasta el final de la llanura, donde yacía privado de toda compasión, desgarrado por los perros, el cadáver de Polinices. Y tras suplicar a la diosa de los caminos subterráneos y a Plutón que contuvieran benévolos sus ímpetus furiosos, luego de someter el cadáver a un baño santo, reunimos y quemamos los restos que quedaban ya en medio de unos arbustos recién arrancados, y después de levantar un túmulo empinado de tierra patria estábamos entrando entonces para llegar a la cóncava cámara nupcial, enlosada con piedra, que, propiedad de Hades, albergaba a la muchacha. Y en ese instante oye alguien en torno a la execrable estancia un sonido venido de lejos, de agudos lamentos, y llegándose apresuradamente se lo anuncia al soberano Creonte. Y a éste le envuelven sonidos ininteligibles de penoso griterío según va avanzando más cerca y, prorrumpiendo en sollozos, emite esta grave confesión de lúgubres trenos: «¡Ay cuitado de mí! ¿Que no soy adivino? ¿Que no estoy recorriendo el más desdichado trayecto de todos los caminos pasados? Me está saludando la voz del muchacho. Pero, servidores míos, acercaos pronto y, situándoos junto al enterramiento, examinad, introduciéndoos hasta la misma entrada por la juntura del túmulo que admite separación de las piedras, a ver si acierto en mis conjeturas de que se trata de la voz de Hemón o si soy víctima de una ilusión de los dioses.» Y según el encargo del descorazonado soberano lo examinábamos. Y al fondo del enterramiento la vimos a ella colgada por el cuello, atada con una cuerda hecha de su velo, y a él junto a ella,

⁵³ Ninfas que acompañan a Dionisio.

⁵⁴ Idea repetida en Heródoto, 1, 32, 5, manifestada por Solón, a Cresos, rey de Lidia, y que se ha hecho fórmula de la tragedia. Cfr. también *Edipo Rey*, 1527 y ss.

⁵⁵ En relación con esta interpretación hay que tener en cuenta a *Edipo Rey*, 1261. Se trata de una puerta con dos hojas que encajan, al cerrarse, mediante los cerrojos, y de esas dos hojas sólo abre una, como demuestra el caso presente.

abrazado a su cintura, lamentando la ruina de su unión conyugal con la joven muerta, las ruindades de su padre y su desventurada boda. Y él, cuando lo ve, lanzando un terrible gemido, pasa a dentro junto a aquél y con lamentos lo llama así: «¡Cuitado! ¿Qué es lo que has hecho? ¡Mira lo que se te fue a ocurrir! ¡Con qué desgracia te has echado a perder! Sal, hijo de mis entrañas, te lo pido suplicante.» Y el muchacho, clavándole la mirada con ojos fieros, escupiéndole en la cara y no contestándole nada, tira de la espada de doble filo, y falló el golpe, porque su padre corría a escape. Luego, ¡el desdichado!, tensó su pecho, según se encontraba entonces de irritado consigo mismo, apretó sobre sus costados, la espada hasta la mitad y, aún consciente, se estrecha a la doncella en sus débiles brazos. Y respirando con dificultad arroja brusco efluvio de un chorro de sangre sobre la blanca mejilla de la muchacha. Y allí quedó muerto abrazado a un cadáver, tras haber obtenido en suerte la celebración de los ritos nupciales ¡el pobre! en las moradas de Hades, poniendo al descubierto cómo la intransigencia es con mucho la más grande calamidad que asedia al hombre.

(Entra EURÍDICE en palacio.)

CORIFE0.—¿Cómo interpretarías esto? Esta mujer se ha ido de nuevo, sin dar explicación ni buena ni mala⁵⁶.

MENSAJERO.—También yo estoy asombrado, pero me sustento en la esperanza de que no ocurre más que, al oír las desgracias de su hijo, no consideraría de buen gusto lamentarse de ellas ante el público, sino que, dentro bajo techo, pensará proponer a las criadas llorarlo en familia. Pues no ha dado pocas pruebas de buen juicio, ¡como para cometer una falta!

CORIFE0.—No sé, pero, por lo que a mí toca, la verdad es que me parece que es igual de grave el silencio en demasía que el constante griterío sin sentido.

MENSAJERO.—Si pasamos a palacio, sabremos si no guarda a escondidas en su corazón irritado alguna obsesión. Pues la verdad es que razones bien: en efecto, también en el demasiado silencio hay a veces gravedad.

(Entra en palacio. Aparece CREONTE con su séquito, llevando en brazos a su hijo HEMÓN.)

CORIFE0.—¡Mira ahí! el rey en persona viene hacia aquí, portando entre sus brazos clara evocación, una ruina, si no es pecado decirlo, no causada por extraños sino fruto de su particular error.

ESTROFA 1

CREONTE.

¡Ay, yerros de mis mentes demenciales,
intransigentes, mortales!
¡Oh vosotros que contempláis a los asesinos y
a las víctimas entre sí emparentados!
¡Ay de mí, qué cosa más desdichada las decisiones que tomé!
¡Ay, muchacho, moriste, te quitaste de en medio
prematureo con prematura muerte,
ay, ay, ay, ay,
por intransigencias mías y no tuyas!

CORIFE0.—¡Ay de mí, qué tarde parece que has visto lo acertado!

CREONTE.—¡Ay de mí, lo he aprendido en medio de mis desgracias!
Por lo visto fue la divinidad quien entonces, sí, entonces me cogió
y descargó sobre mi cabeza todo el enorme peso de sus golpes y
quien me zarandeó metiéndome en un proceder salvaje ¡ay de mí!,
¡derribando mi alegría que rueda por los suelos! ¡Ay, ay, penosas
penas de los mortales!

(Sale un MENSAJERO de palacio que refiere lo que ha ocurrido en él, un MENSAJERO de interior.)

MENSAJERO INTERIOR.—Soberano, ¡cuántas calamidades tienes en tus
manos y cuántas has añadido todavía! En efecto, se ve que has lle-
gado aquí trayendo unas en tus brazos, éstas de aquí, y que has de
contemplar enseguida otras dentro de casa.

CREONTE.—¿Pero qué otra calamidad hay peor todavía que las cala-
midades que ahora me afligen?

MENSAJERO INTERIOR.—Tu esposa ¡la pobre! ha muerto, la madraza
de este cadáver, por golpes de reciente incisión poco ha infligidos.

ANTÍSTROFA 1

CREONTE.

¡Ay, ay, puerto de Hades, imposible de drenar!
¿Por qué, por qué me echas a perder?
Tú que me has traído una información calamitosa y dolorosa,
¡qué triste es la noticia que me das!
¡Ay, ay, a un hombre que estaba acabado acabaste de rematar!
¡Qué grave es el hecho del que das cumplida prueba, muchacho!
¡Qué otra grave novedad me evidencias,
ay, ay, ay, ay:
que yace muerta a cuchillo, víctima de su perdición, mi esposa!

(Se abre la puerta de palacio y se ve el cuerpo sin vida de EURÍDICE.)

MENSAJERO INTERIOR.—Puedes verla, pues ya no está oculta.

⁵⁶ Fórmula repetida en la tragedia. Cfr. nota 30.

CREONTE.—¡Ay de mí! Estoy contemplando icuitado!, ve aquí, otra segunda calamidad. A la vista de esto ¿qué destino, cuál, me aguarda aún? Acabo de coger entre mis brazos a mi hijo cadáver icuitado de mí, y veo ahí delante ese otro cadáver. ¡Ay, ay, madre infeliz, ay, hijo!

MENSAJERO INTERIOR.—Ésta, al pie del altar, abrazada a espada de agudo filo, iba entornando en la obscuridad sus párpados, después de emitir amargos lamentos primero por el que había muerto antes, Megareo⁵⁷, y por su gloriosa suerte, luego por éste, y por último te achacó a ti perversas ruindades calificándote de asesino del muchacho.

ESTROFA 2

CREONTE.

¡Ay, ay, ay, ay!

¡Me conmuevo de espanto! ¿Por qué no me asestó alguien un golpe frontal con espada de doble filo?

Soy un miserable ¡ay, ay!, y
en miserable angustia estoy sumido.

MENSAJERO INTERIOR.—Eras recriminado por esta muerte como si tuvieras toda la responsabilidad de estas y aquellas muertes.

CREONTE.—¿Pero de qué manera puso fin a su vida y se entregó al suicidio?

MENSAJERO INTERIOR.—Se hirió ella misma con su propia mano hasta el hígado, una vez que se enteró del caso este extremadamente lamentable del muchacho.

CREONTE.—¡Ay de mí, ay de mí! Estos hechos no se atribuirán nunca a ningún otro hombre sustraídos a mi responsabilidad. En efecto, yo te maté, yo te maté, ¡miserable de mí!, yo, y no digo más que la pura verdad. ¡Ea, esclavos, llevadme cuanto antes lejos de aquí, llevadme fuera de aquí, a mí, que más que un miserable soy uno que ya no existe!

CORIFEO.—Lo que aclaras es cosa provechosa si es que hay algún provecho en las calamidades, pues las calamidades que nos embarcan, cuanto más breves, mejor.

ANTÍSTROFA 2

CREONTE.

¡Que llegue, que llegue,
que haga acto de presencia entre mis hados venturosos el que tiene
lo más hermoso, el que excelso me trae a mí el día final! ¡Que
llegue,

que llegue, para que ya no contemple otro día más!

CORIFEO.—Esas son cosas que pueden esperar. Conviene hacer algo de lo que ahora urge, pues esto que urge incumbe a los que debe incumbir, a los familiares.

CREONTE.—Sin embargo, lo único que anhelo es lo que de forma resumida supliqué.

CORIFEO.—Entonces no añadas ninguna súplica más, pues para los mortales no existe escapatoria del acontecer que les esté destinado.

CREONTE.—Si aceptarais mis súplicas llevaríais lejos de aquí a un hombre estúpido que, hijo, sin ser su voluntad te mató, y también a ti, ésta de aquí, ¡ay infeliz de mí!, y no sé cómo ni a cuál de las dos cosas prestar atención, pues todo lo que cae en mis manos se desmorona, y, por otro lado, se abatió sobre mi cabeza una desgracia insoportable.

CORO.—La sensatez resulta con mucho lo primero y principal de la felicidad, y también conviene no cometer impiedad alguna, al menos en lo tocante a los dioses. Pues los razonamientos inmoderados de los arrogantes, al sufrir como castigo golpes inmoderados, les enseñan con la vejez la sensatez.

⁵⁷ Hijo de Creonte, uno de los siete capitanes tebanos.